

El templo vi a Minerva dedicado  
de cuyos geométricos modelos,  
si todo lo moderno tiene celos,  
tuviera envidia todo lo pasado.  
Sacra erección de Príncipe glorioso  
que ya, de mejor púrpura vestido,  
rayos ciñe de luz, estrellas pisa.



El templo vi a Minerva dedicado  
de cuyos geométricos modelos,  
si todo lo moderno tiene celos,  
tuviera envidia todo lo pasado.  
Sacra erección de Príncipe glorioso  
que ya, de mejor púrpura vestido,  
rayos ciñe de luz, estrellas pisa.

El templo vi a Minerva dedicado  
de cuyos geométricos modelos,  
si todo lo moderno tiene celos,  
tuviera envidia todo lo pasado.  
Sacra erección de Príncipe glorioso  
que ya, de mejor púrpura vestido,  
rayos ciñe de luz, estrellas pisa.

## INDICE GENERAL

1. OBJETO DEL TRABAJO FIN DE MÁSTER
2. BREVE INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DEL COLEGIO
3. EMPLAZAMIENTO DEL COLEGIO
4. PARTES DEL COMPLEJO
  - 4.1 LA IGLESIA
  - 4.2 FACHADA
  - 4.3 LOS CLAUSTROS
  - 4.4 EL PATIO
  - 4.5 EL INTERIOR
  - 4.6 LA SACRISTÍA
  - 4.7 LA CÚPULA
5. UNIDAD DE MEDIDA EMPLEADA
6. CONDICIONANTES DEL PROYECTO. ESCRITURA DE FUNDACIÓN.
7. DE LA TRAZA INCOMPLETA AL DISEÑO ORIGINAL. HIPÓTESIS.
8. MODELO HERRERIANO
9. HERENCIA RENACENTISTA. FILARETE.
10. CONCLUSIÓN. IMPORTANCIA DE ESTE MODELO
11. ANEXO: EL CONDE DE LEMOS Y SU DINASTÍA
12. BIBLIOGRAFÍA



## 1. OBJETO DEL TRABAJO FIN DE MÁSTER

El estudio de su dilatada construcción sería un propósito demasiado ambicioso en el tiempo y espacio que disponemos, por lo que no se abarca con exhaustividad, la configuración de la obra tal y como la observamos hoy, pero sí que se busca recrear las trazas originales a partir de la morfología actual del edificio y de la documentación que ha llegado hasta nuestros días.

## BREVE INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DEL COLEGIO

## 2. BREVE INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL COLEGIO

En la historia de la arquitectura siempre han existido edificios que marcaron un hito, claro ejemplo de ello es la Real Fundación de San Lorenzo de El Escorial. En esta línea, pero circunscribiéndonos a un ámbito regional, se puede hablar del Colegio de Nuestra Señora de la Antigua, que ha sido considerado como el «verdadero y estricto primer clasicismo gallego». Se trata de un edificio llamado a desempeñar un papel capital dentro de la arquitectura gallega y cuya historia sigue dominada por multitud de incógnitas, a pesar de la bibliografía que lo ha abordado. Los avatares sufridos tanto por el inmueble como por su documentación, desaparecida en su mayor parte, hacen que nuestro conocimiento continúe siendo incompleto.

El Colegio de Nuestra Señora de la Antigua de Monforte de Lemos, más conocido por el nombre de Colegio del Cardenal, se empezó a construir en 1593 bajo el mecenazgo del cardenal de Sevilla don Rodrigo de Castro. El Cardenal estaba vinculado a Monforte donde había pasado su infancia, al ser hijo de la condesa de Lemos. Sus biógrafos lo describen como un refinado humanista, filántropo y promotor de la cultura. Igualmente destacan su implicación activa en la vida de la corte, donde fue consejero del rey Felipe II. Influido, por la obra de El Escorial decidió destinar todos sus esfuerzos a la construcción de un colegio en Monforte «por el deseo que tengo del aprovechamiento de los naturales del reino de Galicia así en virtud como en letras, especialmente de los estados y tierras de Lemos».

Pero don Rodrigo murió cuando la obra apenas había salido de los cimientos. Los problemas económicos y otras incidencias adversas hicieron que la ejecución progresara lentamente. Los períodos de actividad constructiva se alternaron con los de paralización y la obra no se remató hasta el primer tercio del siglo XX.

La parte principal de la construcción se desarrolló entre los años 1593 y 1619: se acabó la iglesia, la fachada principal y parte de los cuerpos que se articulan alrededor de dos patios colocados a ambos lados de la iglesia. Luego cesaron las obras y prácticamente no se construyó nada nuevo hasta 1919.

## EMPLAZAMIENTO DEL COLEGIO

### 3. EMPLAZAMIENTO DEL COLEGIO

Las considerables dimensiones no permitían que el casco amurallado de la villa pudiera acogerlo en su interior, por lo que se decide construirlo en el arrabal, en las cercanías del camino que conduce a la Capilla de San Lázaro, un lugar ocupado por huertas y viñas que era necesario comprar. Durante los años 1591-92 comienzan las adquisiciones de los terrenos, participando como intermediario el Conde D. Fernando Ruiz de Castro.

La extensión adquirida rondaba las nueve hectáreas y media, estableciendo sus límites el río Cabe, el arroyo de San Lázaro, terrenos comunales y propiedades particulares su gran importancia tiene la elección del solar, trascendental es la confección de las trazas y condiciones y, relacionado directamente con ello, la designación de los proyectistas. A pesar de la ausencia de datos que esclarezcan esta fase, cabe pensar que fue el Cardenal, celoso fundador y financiador, quien, lejos de desentenderse de tal labor, participa en las trazas y condiciones, eligiendo concienzudamente a los arquitectos y evitando que nada ni nadie alterase sus intenciones .

La magnitud de la obra, en general, y de su fachada principal, en particular, requería un espacio en las inmediaciones de ésta desde donde pudiera ser apreciada en toda su amplitud. Este era el anhelo mostrado por el Cardenal en la solicitud que D. Álvaro de Losada presenta, el 6 de febrero de 1593, al Consistorio monfortino que con la unanimidad de sus miembros donó el terreno de 500 por 400 pies en la plaza y «azayal» delantero.



La considerable superficie cedida fue a su vez donada por el Cardenal al Colegio para que en ella pudiera fabricar casas con la condición de *«dejar libre la plaza conforme a lo que toma la fachada y delantera ... y dejando libre el passo y calle por la da plaza como agora lo esta»*. En un primer momento cabe pensar que tal sugerencia se tuvo en cuenta, pues en las «annuas» de 1596 se recoge que *«se dejo espacio para fabricar unas casas en donde habitasen nuestros alumnos en el campo que dio el Ayuntamiento delante del Colegio. Y ya que la villa quedaba distante, estas casas servirían de gran ayuda a los estudiantes»*.

Teniendo en cuenta que el edificio en sí ya es un foco atrayente para que la población se extienda por sus alrededores, si se hubiera permitido construir en los límites de la plaza, posiblemente estaríamos ante la «plaza mayor» de la villa.

*« como su ss Yllma el arcobispo y Cardenal por hazer bien y merceda la dha villa, concejo y vs della, y a los demas comarcanos mandaba hazer yedificar una yglesia colesio y hescuelas en el sitio questa junto a la puente sanlazara a donde se enseñase la gramatica y otras ciencias de los padres de la conpaiiyade Jesus y por que la dha yglesia colesio y hescuelas, hestaba todo helio rrematadoen maestros de canteria y para quel dho colesio tubiese en la fachada y delantera plaza, y hestubiese desabasado y para ello tenia nescesidad de Placa para lo que su ss" Yllma fuese serbido, y por que en la delantera de la dha iglesia y colesio y casa, abia una plaza y azayal que les pedia en nombre de su ss" Yllmale diesen cediesen y dexasen a su ss" Yllma quinientos pies de largo, alrrededor de la dha fachada dela yglesia y colesio y hescuelas desquina a hesquina y quatrocientos pies de ancho por el dho azayal adelante atento que hera en utilidad y provecho de la dha villa y concejo.... y entendido por la dha Justicia, y rregimiento y procurador general... ..dixeron que por la mejor bia y forma que podian y debían y de derecho abia mejor lugar cedian y traspasaban y donaban y rrenunciaban a su Yllma el dho señor cardenal y arcobispo, la dha plaza y azayal en quantia de quinientos pies de largo en la delantera de la dha yglesia y cassa y colesio y fachada, desquina a hesquina, y quatrocientos pies de largo, por el dho azayal adelante hazia el camino que ba acia Lamande (Amandi) para que su ss" pueda disponer dello a su boluntad...»*

En 1594 la llegada del Cardenal a Monforte tiene lugar a finales de julio o principios de agosto. Contemplando la ubicación de su obra, decide la proyección de una calle de 30 pies de ancho que comunique directamente con la villa. A finales de 1595 ya *está «casi acabada y viene a quedar el colegio la mitad más cerca, y ella es tan hermosa que basta para ennoblecer un lugar»* .

Al igual de El Escorial y de tantas otras iglesias españolas de su tiempo, sean ya de planta de cruz latina, rectangular, o de larga nave basilical cubiertas con una cúpula en su crucero o parte correspondiente, la iglesia de la Compañía de Monforte, no ofrece al que se aproxima a su fachada una visión completa de este importante elemento de su arquitectura. Su consecuencia es inherente a la profundidad de su única nave. El origen del tipo monfortino es el italiano de la Contrarreforma que intentó conciliar la iglesia de una nave profunda y de salón con la cúpula empleada a la manera de cimborio en las iglesias medievales españolas y languedocianas. La espléndida cúpula de Monforte es



característica de estos modelos. En el interior del templo cumple su función perfectamente. En su exterior no se puede contemplar en todo su esplendor, a no ser de muy lejos, punto desde el que cobra sus completas proporciones.

## PARTES DEL COMPLEJO

#### 4. PARTES DEL COMPLEJO

##### 4.1. LA IGLESIA

Es del estilo llamado jesuítico, inspirado en el Gesú de Roma, la iglesia madre de los jesuitas. Su planta es de cruz latina de brazos poco desarrollados.

La nave central, de 33,80 x 9,25 metros, con bóveda de medio cañón, adornada con profusión de casetones. Sobre él se abren unas lunetas para dejar espacio libre a las ventanas que dan paso a la luz. La altura de esta nave central es de 20,80 metros.

El presbiterio, de forma rectangular, tiene 9,25 metros de ancho y 6,20 de fondo, elevándose 0,75 metros sobre el pavimento de la Iglesia. Las naves laterales, de 22,70 x 5,20 metros, con galería superior cerrada y capillas intercomunicadas, abiertas a la nave central mediante tres arcos flanqueados por pilastras compuestas, con capiteles corintios. En el crucero destaca una cúpula de media naranja, rematada con una hermosa linterna con seis grandes ventanas. La altura de la cúpula es de 36 metros y su diámetro tiene 10 metros. La iglesia fue terminada por Simón de Monasterio en el año 1619.

La cúpula y el lucernario o linterna sufrieron deterioros con el paso del tiempo, y sobre todo, a causa del terremoto de Lisboa de 1753. En el año 1786 se reparó el cimborrio de la cúpula que amenazaba ruina, y en 1841 se reparó también el cupulín.

Otro tanto sucede con las dos torres, construidas por Simón de Monasterio, que se alzan en los dos extremos de la cabecera de la iglesia como guardando la Capilla Mayor, y que están como absorbidas por la masa del edificio. Sus proporciones debieron ser además un tanto menguadas respecto de las trazas primitivas. De dos cuerpos, con el segundo decreciente, dividido por una balaustrada que se repite en el último cuerpo, separándolo de la media naranja que las acaba, se imitaron luego bien que incorporándolas a la fachada dentro de un tipo italianizante que sirvió de modelo a todas las gallegas del siglo XVII. Su modelo es el vallisoletano y escurialense, en que las columnas redondas del Renacimiento se simplificaron atrevidamente en pilastras o fajas verticales. Sus volúmenes, aquí un tanto pesados, sólo están rotos por el único arco de medio punto de sus caras lisas, sin los hermosos paramentos de casetones rehundidos y resaltados de su prototipo.

##### 4.2. FACHADA

De estilo renacentista, muy extensa (110 m), se caracteriza por su grandiosidad y la equilibrada disposición de sus elementos. Abierta al sureste, consta de dos cuerpos laterales, completamente simétricos (de 15,80 m de altura), con torres en los extremos (altura total 23 m), y separados por un airoso pórtico, el de la iglesia, dividido en dos partes: la inferior, de estilo dórico con laterales almohadillados, en los que se abren un óculo y una ventana a cada lado.

El cuerpo central de la fachada rompe la monotonía simétrica de las alas y torrecillas de los ángulos extremos. Considerada aparte del resto del edificio, es una fachada del tipo de iglesia italiana de la segunda mitad del "cinquecento", pasada a través de lo herreriano, escuela de la que forma parte y de la que constituye uno de los ejemplos más característicos, su originalidad respecto a lo italiano reside en el empleo de un cuerpo alto apilastrado que contrasta con el bajo de las columnas semientregadas considerado este último con independencia y monumentalidad en el conjunto. Juan de Herrera fue el 'Primero en crear una fachada de nota tan personalísima. En la de Monforte se sigue el dictado del maestro, aunque no imitándolo por completo, Herrera, en muchos de sus frontispicios, suprime el orden completo, empleando los capiteles arquitrabados. En el Colegio del Cardenal, el orden jónico impidió llevar al extremo el procedimiento, que se ve así atenuado. Característica del taller vallisoletano, en tantos puntos seguidora del arte del autor de El Escorial, es la utilización de los tableros rehundidos que compartimentan sus intercolumnios. Su estirpe serliesca anima el pleno con una rotundidad que podría firmar Herrera. Una nota nueva que no se encuentra en el maestro es el edículo a modo de peineta, característico de Nates, como señala Chueca Goitia, y que, unido a las acróteras eclipsoides de anillo ecuatorial, dan al frontón recto más movimiento y le quitan la sequedad de las obras de Herrera.

El friso es de triglifos con metopas de círculos gallonados, motivo que se repitió en Osera. Monfero, San Vicente del Pino, en Monforte, y San Bartolomé, de Pontevedra. Encima de su cornisa, dos pináculos adosados continúan los órdenes que se acaban en acróteras. Entre ellos campea una cartela con la fecha del término de la obra y el nombre del fundador.

La parte superior, de orden jónico, se alza hasta sobrepasar la altura de los cuerpos laterales unos 8 metros. Tiene un óculo a cada lado y un gran ventanal en medio, por el que penetra abundante luz en la iglesia.

Cada uno de los cuerpos laterales consta de tres plantas. La baja y la primera tienen una serie de ventanas que se van correspondiendo. En la planta baja, la cuarta ventana, a partir de la iglesia, se convierte en puerta con frontón arqueado, y la correspondiente de la primera planta se agranda en amplio ventanal. La segunda planta, separada de las inferiores por amplia cornisa, tiene una serie de ventanales con balaustrada y arco de medio punto, y está rematada, todo a lo largo, por un cornisamento con airoso pináculos en bola. Toda la fachada está contruida con granito del país bien labrado.

Sobre la cornisa está el frontón recto partido para albergar el edículo del frontón curvo. En su centro primitivamente se ostentaba un escudo de la Orden, sustituido en el siglo XVIII por el de España. Coronando el frontón hay seis acróteras, de las cuales las centrales soportan un jarrón. Sobre los extremos de los aletones de perfil recurvado hay una gran pirámide, coronada con una minúscula bola.

Su disposición recuerda el tipo de fachada palaciega del Renacimiento castellano, del que son ejemplos el palacio de Monterrey de Salamanca, la fachada de la casa de los Guzmanes de León, la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares y la galería del cierre claustral de la fachada de las Platerías de la catedral de Santiago, obras

todas ellas de Rodrigo Gil de Hontañón. Este tipo de fachada, que influyó en edificios geográficamente más lejanos, como el palacio de Vela de Cobas, en Úbeda, de Andrés de Vandelvira (1561), en Monforte, confiere gran elegancia a los lienzos aligerados de su masa en sus partes altas. La línea horizontal de las alas, compensada por las torrecillas terminales, realza también el cuerpo central de la fachada de la iglesia, que sirve de frontispicio a todo el conjunto. El modelo de galería apilastrada con arcos de medio punto fue imitado por Diego de Isla en la tercera planta de uno de los claustros de Ribas de Sil, con las plantas inferiores aún renacentistas. y en una galería inacabada en el monasterio de Oya. Contrapartida suya fue, en cambio, el cierre claustral de la fachada del Obradoiro, de traza de 1614 de Jácome Fernández, que utilizó el tipo de columnas con zapatas tan castellano y tan usado en Galicia a fines del siglo XVI. Otro tanto sucede con las dos torres, construidas por Simón de Monasterio, que se alzan en los dos extremos de la cabecera de la iglesia como guardando la Capilla Mayor, y que están como absorbidas por la masa del edificio. Sus proporciones debieron ser además un tanto menguadas respecto de las trazas primitivas. De dos cuerpos, con el segundo decreciente, dividido por una balaustrada que se repite en el último cuerpo, separándolo de la media naranja que las acaba, se imitaron luego en Osera, bien que incorporándolas a la fachada dentro de un tipo italianizante que sirvió de modelo a todas las gallegas del siglo XVII. Su modelo es el vallisoletano y escurialense, en que las columnas redondas del Renacimiento se simplificaron atrevidamente en pilastras o fajas verticales. Sus volúmenes, aquí un tanto pesados, sólo están rotos por el único arco de medio punto de sus caras lisas, sin los paramentos de casetones rehundidos y resaltados de su prototipo.

Su disposición recuerda el tipo de fachada palaciega del Renacimiento castellano, del que son ejemplos el palacio de Monterrey de Salamanca, la fachada de la casa de los Guzmanes de León, la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares y la galería del cierre claustral de la fachada de las Platerías de la catedral de Santiago, obras todas ellas de Rodrigo Gil de Hontañón. Este tipo de fachada, que influyó en edificios geográficamente más lejanos, como el palacio de Vela de Cobas, en Úbeda, de Andrés de Vandelvira (1561), en Monforte, confiere gran elegancia a los lienzos aligerados de su masa en sus partes altas. La línea horizontal de las alas, compensada por las torrecillas terminales, realza también el cuerpo central de la fachada de la iglesia, que sirve de frontispicio a todo el conjunto. El modelo de galería apilastrada con arcos de medio punto fue imitado por Diego de Isla en la tercera planta de uno de los claustros de Ribas de Sil, con las plantas inferiores aún renacentistas. y en una galería inacabada en el monasterio de Oya. Contrapartida suya fue, en cambio, el cierre claustral de la fachada del Obradoiro, de traza de 1614 de Jácome Fernández, que utilizó el tipo de columnas con zapatas tan castellano y tan usado en Galicia a fines del siglo XVI.

Por esta grandiosidad de la fachada y cierto parecido con el gran monumento escurialense, algunos designan al colegio monfortino con el sobrenombre de “El Escorial de Galicia”.

#### 4.3. LOS CLAUSTROS

Los dos claustros del Colegio están adosados a los costados de la iglesia. Sólo uno es de la época de la construcción del edificio, Su autor fue Simón de Monasterio, el último maestro que trabajó en las obras . El otro, sin documentar, no se construyó hasta el siglo XVIII) como se colige por su estilo. El de Simón de Monasterio es de dos pisos de orden dórico; el primero, de arcos de medio punto sobre impostas y el segundo de ventanales rectangulares, con un óculo circular encima. excepto en los paños centrales de cada lienzo, en los que se ostentan los escudos del cardenal. Los arquivoltas de los dos pisos son idénticos, con toscos triglifos y con metopas de recuadro resaltados. Las pilastras tienen un festón vertical retundido. Las enjutas del primer piso tienen triángulos en punta de diamante. Entre las pilastras del segundo piso, llenando el macizo de entre las guarniciones de las ventanas, los tableros, divididos en dos partes verticales, están rehundidos.

El interior de las galerías claustrales está cubierto en la planta baja con bóvedas de arista de decoración de rehundidos y salientes que marcan lo constructivo. Sólo una decoración en cruz de recuadros, con escudos en la clave del arco, recarga un tanto su simplicidad. Este motivo decorativo, es casi un tópico en la arquitectura después de Nates y Praves.

#### 4.4. EL PATIO

De estilo dórico-romano, tiene 22 metros de lado y es una de las piezas más notables del edificio. Sus pilastras de 1,50 metros de grosor, sostienen un entablamiento sencillo con su friso decorado con triglifos y metopas. Rodea el patio un claustro abierto, de 33 metros de largo, 4 de ancho y 6,5 de alto cubierto con bóveda aristada y con rosetones en las intersecciones de los nervios. Una galería cerrada forma el piso superior del claustro, con los arcos e intercolumnios cegados con piedra de cantería, abriéndose en los intercolumnios unas sencillas ventanas cuadradas, muy en consonancia con el estilo general, y un óculo en el centro de los arcos. Las crujeías noroeste y nordeste (ésta desde donde arrancan los arcos) se hicieron en los años 1919-1926, después de la venta del cuadro de Van der Goes, en el año 1913.

#### 4.5. EL INTERIOR

El interior del templo, de grandes masas concebidas a lo romano como todo lo herreriano, es de planta rectangular: un enorme salón de una sola nave con cuatro capillas por lado que comunican entre sí. La nave está cubierta de bóvedas de cañón con lunetos y una cúpula en el crucero. La Capilla Mayor tiene una sacristía por lado, que corresponden a los cuerpos inferiores de las torres. Su alzado es corintio, de pilastras estriadas con un friso.



#### 4.6. LA SACRISTÍA

Poco se conoce de las circunstancias que rodearon su construcción. Se sabe que ya existía una anteriormente, que las obras se iniciaron en 1699 y que costaron 85.694 reales. Nunca llegó a resolverse su conexión con la iglesia, lo que hizo que el uso de sacristía acabara trasladándose a un pequeño espacio al lado del presbiterio, y que la sala construida para ese fin cambiase el uso inicialmente previsto: « se empleó, sucesivamente, para sala de estudio, oratorio de internos, comedor, biblioteca y, ahora, museo, donde se exhiben varios cuadros pictóricos de gran valor, ». La que fuera denominada *nueva* sacristía durante su construcción pasó a llamarse, con el cambio de uso, *antigua* sacristía.

Esta sala está situada en la crujía noroeste (posterior) del edificio, en la parte de la derecha (orientados de frente a la fachada principal), y en el nivel de la planta baja, que se convierte en planta primera en la parte posterior debido al desnivel. Se accede a ella desde el claustro, atravesando un espacio de tránsito o antesacristía que también estuvo cubierto con una bóveda que se perdió.

Se trata de un recinto de planta rectangular, de 7,77 x 13,49 metros con sus paredes y bóvedas de cantería de granito. La bóveda es de cañón y está dividida en dos tramos limitados por arcos fajones (tres en total). En cada tramo se abren dos lunetos, siendo ciegos los del muro interior, contiguo al claustro, y con ventanas los del exterior. No parece que responda a una previsión del proyecto inicial. Es difícil asegurarlo. Por un lado, el Colegio es una obra concebida como un proyecto cerrado, con pocas posibilidades de admitir variaciones. Pero por otro lado, se sabe que el proyecto inicial se modificó desde el primer momento y sólo con mirar la planta resulta evidente que no pudo haber sido concebida así.

Otra referencia a la fecha de construcción se encuentra en una solicitud económica al XI conde de Lemos, patrono del colegio, en 1701, alegando «la endémica situación económica, acentuada al haber comenzado dos años antes una obra de envergadura como era la sacristía nueva».

El proyecto que se redactó en 1915 para finalizar definitivamente las obras del Colegio la describe así: «La bóveda de piedra de la antesacristía, piso de la planta principal está completamente ruinosa sin duda por el movimiento que hicieron cuando le quitaron los contrafuertes a la fachada posterior. Hay que desmontarla por completo apeándola convenientemente, ...» (Pérez de los Cobos 1915). Hermida Balado da cuenta del proceso de demolición: «La primera [sacristía] y el amplio vestíbulo que le precede fueron obra por entero de piedra sillar, en la que sorprendía la bóveda del vestíbulo punto menos que plana. Pero que con el tiempo fue agrietándose hasta ofrecer peligro inminente de derrumbamiento. Esto ocurrió en 1924...»

#### 4.7. LA CÚPULA

Aunque la visibilidad de la cúpula no es perfecta, al igual de las torres, su efecto encaja en el ideal arquitectónico de la época. Con ella por primera y única vez en Galicia se construyó una cúpula con todos sus elementos. Nada falta en Monforte: tambor, media naranja trasdosada, linterna, cupulín y remate. El intelectualismo de fines del siglo XVI

triunfó en esta obra de importación. Caso excepcional, Galicia no repitió, aparte de la coronación del cimborio de la catedral de Santiago que utilizó como tambor el linternón gábito cubriéndolo exteriormente de una media naranja, la cúpula trasdosada. Región tradicionalista y con ciertas preferencias, pasó por alto la aportación monfortina.

## UNIDAD DE MEDIDA EMPLEADA

## 5. UNIDAD DE MEDIDA EMPLEADA

Freire Tellado ha investigado previamente la unidad de medida en el colegio. Comparando las medidas descritas en los documentos históricos con las tomadas en el edificio, se obtienen 3 posibles valores para el pie: 281,27, 296,06 y 282,222 mm. Al final, apoyándome en otras comprobaciones acabo escogiendo el siguiente valor de pie.

	<u>Unidad</u>	<u>Múltiple</u>	<u>Submúltiples</u>
<u>Unidades Colegio</u>	<u>pie</u>	<u>vara</u>	<u>1/2* 1/3 1/4 1/8 1/16</u>
<u>Centímetros</u>	<u>28.22</u>	<u>84.66</u>	<u>14.11 9.41 7.06 3.52 1.76</u>

Este estudio metrológico debe tomarse con cautela, ya que distintos maestros de cantería que tuvieron éxito en el trabajo puede haber utilizado diferentes módulos. Aún así, la unidad ha demostrado ser consistente en estudios posteriores.

Existen algunas coincidencias con las reglas dadas por Palladio, Simón García y Fontana. En el libro de Andrea Palladio *I Quattro Libri dell'Architettura* (1570) incluye las descripciones y dibujos de varias antiguas cúpulas. Se deduce que Fontana a partir de los dibujos de Palladio estableció una regla de 1/9 para el espesor en los arranques.

La cúpula del Colegio coincide con dos de las normas de Palladio. La primera coincidencia es del grosor de los arranques. En el Colegio, la luz máxima es de 36m y el radio exterior 44 m. La diferencia entre los radios correspondientes es de 4 pies, lo que significa 1 / 9 del tramo.

## CONDICIONANTES DEL PROYECTO. ESCRITURA DE FUNDACIÓN.

## 6. CONDICIONANTES DEL PROYECTO. ESCRITURA DE FUNDACIÓN.

La realización de semejante proyecto hacía imprescindible la confección de planos que fijaran las plantas, alzados, secciones y multitud de detalles referentes a puertas, ventanas, pilastras, capiteles y otros aspectos ornamentales. Unido a ello estaban las normas precisas y necesarias que se ocupaban con detalle de la ejecución. La ausencia de los primeros hace imprescindible un análisis de las segundas para dilucidar cuales eran las iniciales pretensiones arquitectónicas.

De este modo aun cuando el edificio se concibiese como un conjunto unitario no podemos olvidar que, desde un principio, se hace una clara distinción entre lo que es la Iglesia y el resto del colegio.

Cada parte tiene su propio pliego de condiciones que se contrata por separado y recae en maestros de cantería diferentes. La Iglesia, la parte de la que primero se ocupan, se describe a través de unas largas y minuciosas condiciones que abarcan desde los cimientos a la decoración. Sin embargo, este meticuloso registro de medidas no permite reconstruir el templo tal como fue proyectado ante la ausencia de algunas medidas imprescindibles como son la longitud y anchura totales del templo, la anchura de los accesos a las capillas hornacinas y la altura y anchura de la nave central, aun cuando no sería necesaria su mención en las condiciones porque estos aspectos se reflejarían en la documentación gráfica que no ha sobrevivido.

Estamos ante un proyecto en el cual no se deja nada al azar, sino que todo aparece estipulado: la profundidad y dirección de sus cimientos, precisando así el camino del proceso constructivo desde los pies hasta la cabecera; el grosor, altura y miembros de sus paredes y soportes -pilares, pilastras y columnas-; la compartimentación de su planta rectangular en la que se inscribe una cruz latina compuesta por una nave central con capillas hornacinas intercomunicadas y un crucero cubierto por una cúpula asentada sobre pechinas y rematada con una linterna; su elevado presbiterio; su coro alto a los pies; el sistema de cubrición a base de bóvedas de cañón; el tipo y calidad de los materiales empleados -piedra berroqueña, pizarra, hierro, cal, ladrillo-; las canteras de procedencia, Rivas Altas y Remoin; las obligaciones de los contratistas y el sistema de iluminación a través de las ventanas existentes en la fachada y en los brazos del crucero, los vanos termales y los anillos luminosos de la cúpula y la linterna.

Además, si la advocación de Nuestra Señora de la Antigua ya está pronosticando el orden que se debe emplear -el corintio-, en las cláusulas se recalca e impone que la plantilla a seguir está en el libro de *«Iacome Vignola sobre los cinco ordenes de arquitectura»*. Es el orden corintio, en miembros, ornato y medidas, el que se plasmaría tanto en el interior como en el exterior del templo. De aquí las condiciones que al menos en principio deberían cumplirse a rajatabla.

A través de las posturas conocemos los nombres de algunos de los canteros y maestros de cantería presentes en Monforte para tal acto: Juan de las Cajigas, Domingo Ortiz, Antonio Díaz de Cadórniga, Diego de Isla, Juan de la Sierra, Pedro Álvarez, Pedro de Palacios, Pedro de Marlote, Remando de la Roca, Macías Álvarez y Pedro



Alonso. No deja de llamar la atención la presencia de tantos maestros trasmeranos en tierras gallegas.

El remate se adjudicó, en la puja más baja, 18.000 ducados y 100 de prometido, que realizó el maestro de cantería Juan de las Cajigas. Estamos ante un proyecto en el cual no se deja nada al azar, sino que todo aparece estipulado: la profundidad y dirección de sus cimientos, precisando así el camino del proceso constructivo desde los pies hasta la cabecera; el grosor, altura y miembros de sus paredes y soportes -pilares, pilastras y columnas-: la compartimentación de su planta rectangular en la que se inscribe una cruz latina compuesta por una nave central con capillas hornacinas intercomunicadas y un crucero cubierto por una cúpula asentada sobre pechinas y rematada con una linterna; su elevado presbiterio; su coro alto a los pies; el sistema de cubrición a base de bóvedas de cañón; el tipo y calidad de los materiales empleados -piedra berroqueña, pizarra, hierro, cal, ladrillo-; las canteras de procedencia, Rivas Altas y Remoin; las obligaciones de los contratistas y el sistema de iluminación a través de las ventanas existentes en la fachada y en los brazos del crucero, los vanos termales y los anillos luminosos de la cúpula y la linterna.

Los planos y condiciones del resto del edificio, es decir, la casa-colegio y escuelas con sus respectivos patios, se presentan el día 2 ante una asamblea de veintidós o veintitrés maestros de cantería y oficiales. Sus condiciones, aunque no tan detalladas como las de la Iglesia, permiten completar el proyecto de esta magna obra. Aquí se vuelve a hacer una clara distinción entre lo que es la casa-colegio, situada a la derecha de la Iglesia, y las escuelas, a la izquierda. Los cimientos de la casa-colegio alcanzarían el nivel del pavimento de la Iglesia. A partir de aquí, tendría sólo dos plantas en las que se distribuirían dependencias tales como: dormitorios, portería, refectorio, anterefectorio, cocina, botica, trasacristía y «piezas de trato». Su fachada principal estaría compuesta por un zócalo de cantería que sobresaldría tres pies de la tierra marcando el pavimento de la casa; encima, a una altura de 20 pies, se dispondría un «*fajón de piedra*»; y a continuación, a 32 pies y medio de altura, la cornisa. Las paredes del edificio tendrían distintos grosores según el nivel en que se encontrasen: el primer nivel llegaría hasta el primer suelo, el segundo hasta el entablamento de los aposentos y el tercero terminaría en los tejados de los desvanes. Las puertas y ventanas de toda la casa-colegio tendrían distintas dimensiones, destacando las ventanas de la delantera distribuidas en tres órdenes. Por lo que respecta a los patios, se preveían dos: el primero, por lo que se deduce de la condición undécima, tendría 92 pies de pared a pared y corredores altos y bajos de 14 pies de ancho. Como soportes se emplearían pilares cuyas pilastras adosadas tendrían su correspondencia en las paredes interiores de las crujías. La altura de los pilares, incluyendo las basas e impostas, sería de 13 pies y sobre ellos se erigirían cinco arcos de medio punto y dos arbotantes por panda. El segundo patio se construiría «*de la misma orden, forma y precio*». Habría un conducto para expulsar las aguas que, pasando de un patio a otro, desembocaba en la huerta. En cuanto a la escalera principal, se asentaría en el cuarto de la sacristía y estaría compuesta por tres tramos de treinta y una gradas de piedra berroqueña.

En lo que atañe a las escuelas -parte izquierda- se expone que sus cimientos, paredes, puertas, ventanas y su único patio con sus corredores, conducto de desagüe, pilares y arcos *serían «de la misma orden y manera a lo de la casa y colegio»*. Sólo se

hace una salvedad en su escalera que estaría compuesta por dos tramos de treinta y dos gradas.

En el remate de estas obras hay maestros que se agrupan para hacer sus posturas, así ocurre con Diego de Isla, Macías Alvarez, Gregario y Gonzalo Fatón. Otros, como Antonio Díaz de Cadórniga, las presentan en solitario. Después de varias bajas, Diego de Isla y compañía son los encargados de su construcción, siempre que den las respectivas fianzas. Si el remate final asciende a 50.000 ducados, y la Iglesia se contrató en 18.000 ducados, el resto, lógicamente, se realizó en 32.000 ducados.

Hay un aspecto que llama la atención y que merece ser analizado; la presencia de Andrés Ruiz y Vermundo Resta en Monforte. En un primer momento todo parece indicar que ambos maestros se encuentran en Monforte a principios de octubre. El testimonio del escribano encargado de leer las condiciones es claro; en el último párrafo de los dos pliegos de condiciones constata la presencia de Andrés Ruiz y Vermundo Resta en las lecturas de sus respectivas rúbricas al final. La presencia del hermano Ruiz no plantea ninguna duda, incluso aparece anteriormente en Astorga; pero no ocurre lo mismo con Vermundo Resta, que no aparece en Astorga ni en los distintos remates de la Iglesia y colegio. Si a esto añadimos que Martín Fidalgo constata que Resta está en Sevilla en 1592, revisando y aprobando las trazas realizadas por Juan de Oviedo para el retablo de la Iglesia parroquial de Constantina, y en 1593, interviniendo a favor de Juan de Oviedo para que termine el retablo de la Iglesia de San Dionisia de Jerez de la Frontera, podemos sospechar que el arquitecto milanés no está en Monforte y que la aducida presencia y firma se deba a que el escribano está reproduciendo íntegramente las condiciones que han sido hechas con anterioridad. A ello se puede añadir que al principio de la lectura de las condiciones del colegio aparece sólo el arquitecto jesuita. Otro aspecto a tener en cuenta si se quiere comprender un poco mejor todos los entresijos derivados de la confección del proyecto, tiene que ver con Andrés Ruiz y su ausencia en las posturas y remate de la Iglesia. Sorprende este hecho si tenemos en cuenta que un día después aparece en todas las bajas del colegio. Adentrándonos en el resbaladizo campo de la hipótesis, esta ausencia se podría interpretar como que el hermano Andrés Ruiz, en un primer momento, se encargaría de lo que es propiamente el colegio para que su fábrica y distribución fueran acordes con los preceptos de la Compañía, y sólo posteriormente quedaría como único director de las obras al no poder desatender el arquitecto italiano su cargo sevillano para instalarse en Monforte. En los meses siguientes al remate comienzan los trabajos de desbrozamiento, acondicionamiento y delimitación del lugar requerido para la erección del edificio. Pero los trabajos, desde un principio, sufrirían retrasos ante el incumplimiento por parte de los maestros de la obligación de, en la fecha señalada, acudir con los asentadores exigidos, ocho por cada parte. Los requerimientos entre las partes son constantes; Juan Alonso de Mondariz, como procurador, exige un rápido cumplimiento de lo acordado, y los maestros de cantería se amparan en diversas razones: las zanjas nos se han empezado a cavar por la excesiva lluvia, afirman Gregorio y Gonzalo Fatón; ni se han traído los asentadores porque el hermano Ruiz, ausente, tenía que dar su visto bueno a las zanjas. Además, el mal tiempo ha impedido juntar los materiales necesarios para la cimentación de la obra. El 10 de abril Juan de las Suertes, aparejador de Juan de las Cajigas en la obra de la Iglesia, expone tener los cimientos abiertos, materiales, oficiales, asentadores y sirvientes suficientes para continuar las obras, pero éstas se han paralizado por no estar presente el diputado del Cardenal para la inspección y dirección

de las mismas. El parecer de Juan Alonso de Mondariz es muy distinto, pues afirma que Juan de las Cajigas ha estado ausente más de mes y medio, los cimientos están desmoronados y llenos de tierra, el número de asentadores no es el acordado y tampoco han reunido la piedra y pizarra necesaria y apropiada para los cimientos. Ante esta situación se busca una persona que visite la obra e informe de su estado actual. El nombramiento recae en Pedro de Morlote, quien, el 12 de abril, hace el reconocimiento exponiendo que :

«los cimientos de la Iglesia de la mano izquierda hacia el puente del Señor San Lazaro no estaba bien ahondado y mando se ahondase todo lo que a el declarante le pareciere hes menester», que «la piedra questa a camino frontero del dho edificio no se gaste sin gastar de la piedra grande questa en la cortina junto al dho cimiento», y que «la cal y arena no muestra estar tan perfecta como se requeria, manda que la calen toda ella y la desagan sin agua y después la vuelvan a aguar como de nuevo ..».

Sobre la acumulación de materiales para el trabajo de ocho asentadores declara que no ha podido ver la cal por estar cubierta, que hay piedra pizarra para comenzar, pero que pronto será necesaria mayor cantidad. En la obra y cimientos de la Iglesia sólo están trabajando cuatro asentadores.

Por su parte, el P. Pedro de Salinas, rector del Colegio, para evitar cualquier excusa de los maestros de cantería sobre la ausencia de Andrés Ruiz, nombra como maestro mayor al hermano Juan de Tolosa, presente en el colegio. Notificado tal nombramiento a los rematantes, el hermano Tolosa comienza su labor el día 4 de mayo, midiendo y nivelando, con cordeles de bramante y otros instrumentos, los cimientos de la «*casa de la delantera y lado de hacia el puente de San Lazaro con la presencia y satisfacción de Diego de Isla, Gregario y Gonzalo Fatón*». A continuación hizo lo mismo con el cimiento de «*la delantera hacia donde se hace la Iglesia hallando que gran parte de éste estaba bien cimentado y firme para poder asentar y sus medidas eran de 8 pies y medio de alto y 5 pies y medio de ancho. Se echaron cantos para comenzar a asentar*».

Los trabajos en la Iglesia, comenzada por la fachada principal como ya se ha dicho, avanzaban con rapidez, pues muy pronto el maestro de obras Juan de las Cajigas requiere del maestro mayor los moldes cortados y «monteados» para labrar las basas y otras partes tocantes a la obra. El 8 de mayo, Tolosa ya tiene cortados los moldes de las basas y pilastras de toda la Iglesia, faltando los pilares cantones que realiza este mismo día.

Este año, el Cardenal decide emprender un viaje a Galicia para cumplir con el Jubileo y, al mismo tiempo, solucionar distintos asuntos concernientes a la fundación y a los trabajos que se van realizando en su magna obra. El 22 de mayo parte de la ciudad hispalense con dirección a Madrid, entre sus acompañantes viene el arquitecto Vermundo Resta. Una vez en esta ciudad tiene lugar la firma de la escritura de la fundación, fechada el 11 de junio. Puede resultar extraño, pero la puesta en práctica de las obras precede a la confirmación de la fundación. A principios de julio del 1594 reanuda su viaje a Galicia. Con anterioridad, el arquitecto milanés ha tenido que partir hacia Monforte porque el 11 de junio asiste a la obra por orden del Cardenal.

Este mismo año vuelve haber constancia de la presencia del jesuita Andrés Ruiz en Monforte desempeñando nuevamente el cargo de maestro mayor y «visten de la obra. Este maestro en compañía de Vermundo Resta y, posiblemente, a instancias de D. Rodrigo, todavía en Madrid, añaden a la traza original dos «*partes de quartos*», que han de ir arrimados a las torres de la fachada principal. El contrato de esta obra se realiza el 11 de junio con los maestros de cantería Pedro de Marlote y Juan de la Sierra.

El cardenal don Rodrigo, que desde hacia cincuenta y tres años no había vuelto a Galicia, en el verano de 1594 hizo un viaje a Monforte que le permitió inspeccionar por sí mismo las obras de su fundación. Las edificaciones estaban ya comenzadas. Una reforma se introdujo en el plan de la fachada, que se amplió hasta 106 metros. Pedro de Morlote en junio de 1594 firmó convenio con Juan de la Sierra, el maestro que después fue de la iglesia de Montederramo, sobre el corte y trabajo de la piedra que se añadió a la "adición a la nueva planta" por el hermano Andrés Ruiz. El documento especifica sobre el pago "de las piedras que habían de añadir a la nueva planta del colegio, iglesia, y escuelas " y de las "dos partes de quartos a la delantera, arrimados a las torres que de nuevo y al presente se hazen, de largo cada quarto veinte y seis pies y de ancho lo mismo"

Los motivos de índole económica van a ser patentes a lo largo de toda la construcción. Así, a mediados de febrero de 1595, el provincial Dávila escribía que las obras iban despacio e incluso se han parado por falta de dinero. No volvemos a tener noticias hasta que, el 5 de febrero de 1598, D. Rodrigo envía un poder a D. Catalina de Zúñiga y Sandoval referente a las obras. Han sucedido acontecimientos inesperados, la muerte del maestro de cantería Juan de las Cajigas que, unidos a otras causas no especificadas, han alterado el curso de las obras. Una necesidad prioritaria es la realización de una nueva contratación para evitar parones prolongados y buscar un mayor dinamismo en la construcción. Esta muerte, que afecta sólo a las obras realizadas en la Iglesia, intranquiliza a los asentistas del resto de la obra y así, los hermanos Fatón, el 13 de abril, solicitan a la Condesa que se lleve a cabo una detallada tasación de la parte que tienen bajo su directo dominio, y que se haga por una persona experta en el arte,

«maestro de ciencia y conciencia para que desengañe a donde ubiere engaño y en todo se proceda con mucha verdad y claridad». Ellos, por su parte, declaran que «desde el ultimo contrato a esta parte habían trabajado en la dicha obra y se habían ocupado en ella con sus personas y oficiales y a gloria del Señor la tenían puesta en buenos terminas».

El hermano Juan de Tolosa, otra vez maestro de obras del conjunto, será el encargado de realizar la tasación y medición dadas sus cualidades de persona perita, suficiente en el arte de cantería y, según sus propias palabras, conocedor «*de lo que cuesta la piedra cal y arena y lo que labran los oficiales*». La visión y medición, llevada a cabo el 13 de abril, nos permite conocer el estado en que se encuentra el edificio. La profundidad de los cimientos hasta el pavimento es de «*vara e dos pies*» según el testimonio del P. Cavo «*que lo vio por bista de ojos*». Los cimientos de los corredores y paredes que tiene la casa son de 22 pies de alto y comprenden desde el

cimiento hasta el pavimento, posiblemente se esté hablando de la fachada norte. A partir de esta altura vienen los lienzos de la casa y de las escuelas que están contruidos de mampostería.

De la parte correspondiente a las escuelas están contruidos los cimientos y prácticamente toda su fachada oriental, pues se está tasando el zócalo, el recinto, la cornisa y la abertura de los cuarenta claros correspondientes sin contar el testero. Sabemos que también están realizadas las bodegas, aulas y los huecos de algunas puertas y ventanas - grandes y pequeñas-, faltando sus marcos y ornamentación.

En la parte de la fachada principal correspondiente a la Comunidad religiosa el estado de las obras es semejante al de las escuelas, pues se habla de la cornisa y de cuarenta claros sin contar el testero. El lienzo enfrenteado con la villa no alcanza la altura de la cornisa, por lo menos en el tramo ocupado por el refectorio y el «cuarto» (dormitorio). Este último está cubierto por bóvedas de diferentes anchos, 17 y 22 pies, y su longitud alcanza algo más de los 261 pies. Sin embargo, hay otras partes que necesitan ser terminadas como pueden ser los patios, en los que se han echado losas; las puertas de la portería y de las escuelas, en las que se introduce la novedad de un frontispicio cortado; la lonja, de quince pies de ancho que recorre el frente del edificio, que ya tiene algunas losas, pero le faltan las restantes y las gradas; la escalera principal de las escuelas de tres tramos, el primero macizo y los siguientes «rovados por vajo», cuyo techo de piedra lo construirá Diego Vélez; y las escaleras que bajan a la bodega desde el primer suelo del cuarto y desde el anterefectorio.

Los trabajos se continuaron con un ritmo sin precipitaciones. Varios inconvenientes aparecieron. A Diego de Isla que, ocupado con la fábrica de Ribas de Sil, no atendía suficientemente su contrato con el colegio, se le despidió. La muerte de Cajigas paralizó durante algunos años la construcción de la iglesia. En la primavera de 1598, Gonzalo y Gregario Fatón dan cuenta de lo hecho en el edificio del colegio. El "tasador" y mediador de la obra fue Juan de Tolosa, que por las mismas fechas dio instrucciones a Diego Vélez y Gonzalo de Güernes, maestros los dos de la merindad de Trasmiera.

En el acta que se levantó a la ocasión de la reunión se describen y dan las normas a seguir en la casa e iglesia, que se haría teniendo en cuenta las proporciones dictadas por Vignola. Su alzado sería de orden corintio.

Por el testamento de don Rodrigo, firmado en Sevilla el 12 de agosto de 1598, se sabe que "su fábrica y obra va muy adelantada" y que la voluntad expresa del prelado era "se acabe y ponga de toda perfección según y por la traza, orden e forma que se ha comenzado y se va prosiguiendo como y de la manera que yo lo tengo comunicado". En una escritura otorgada algunos meses más tarde, el 19 de abril de 1600, el cardenal, que debía sentir acercarse sus últimas horas, ordena se dé preferencia en los trabajos a los de la iglesia y en especial a los de su enterramiento. Pronto falleció don Rodrigo. El 18 de septiembre de 1600 pasó a mejor vida. Hasta 1603 sus restos mortales no fueron trasladados desde Sevilla al sepulcro de Santa María la Antigua, labrado por Gregorio Español.



En gran embarazo y apuro hubo de poner a los encargados de acelerar las obras de la iglesia el fallecimiento de Diego Vélez, ocurrido poco más o menos por las mismas fechas que el del cardenal. Por un documento publicado por García Chico, sobre el que llama la atención Chueca Goitia, se sabe que Juan de Nates, el arquitecto de las Angustias, de Valladolid, y una de las figuras más interesantes de! grupo derivado de la catedral de Valladolid, fue llamado para acabar la iglesia de Monforte, que dejaba inconclusa Diego Vélez. El documento dice: "yo Juan de Nates, el arquitecto vecino de la ciudad de Valladolid ... digo que Diego Vélez maestro del dicho mi arte ya difunto tomo a su cargo a hacer la tercie parte de la iglesia del colegio de Nuestra Señora de la Compañía de Jesús de Monforte .. , en el reino de Galicia de que fue fundador el señor don Rodrigo de Castro." Cardenal y arzobispo difunto... y me an pedido tome a mi cargo acabar. ... 13 de diciembre 1600".

### APORTACIÓN DE SIMÓN DE MONASTERIO

En fecha de julio 1600 se sabe era maestro mayor de las obras el jesuita Juan de Ilustamante, arquitecto del que se ignoran otras actividades y del que no puede precisarse cuál fue su contribución en la fábrica del colegio de Monforte . Dos años más tarde, el maestro era Simón de Monasterio, del que no se conoce obra anterior a esta fecha. Este arquitecto, natural de San Martín de Cajano, merindad de Trasmiera, en la provincia de Santander, sobre el que volveremos a lo largo de este capítulo y los siguientes, es la figura principal del asentamiento de las ideas herrerianas en Galicia, el director y tracista de obras en las que lo herreriano perdió parte de sus cualidades puristas y vallisoletanas para ganar en sabor local y adaptación a lo regional.

La continuidad de su trabajo en las obras durante los años que siguen no parece muy segura. El curso de los trabajos se interrumpió a causa de los pleitos promovidos por los testamentarios de don Rodrigo, El 12 de abril de 1608, Simón de Monasterio volvió a tomar las obras. En el texto de su contrato se lee que se comprometió a acabar la tercera parte de la iglesia según la traza, condiciones y precio en que la habían tomado Diego Vélez y Gonzalo de Güemes, lo que parece denotar que Juan de Nates no tuvo ocasión de ejecutar el compromiso citado más arriba. Lo cierto es que Simón de Monasterio fue quien finalizó y remató la iglesia, que se consagró en 1619, con grandes fiestas.

En 1620 trabajaba en el "cuarto de la delantera que aora se va haciendo" y que en noviembre de 1622 abandonó los trabajos por carecer el colegio de numerario para concluirlos. Poco sobrevivió a esta fecha Simón de Monasterio, que murió en agosto de 1624, disponiendo se le enterrase en la capilla del Cristo de la iglesia de Santa María de la Antigua, que él había llevado a término. Sus actividades artísticas, que realizó al mismo tiempo que Juan de Bustamante, sin eludir al Padre Juan de Bustamante, que figura. en una escritura de concierto con el cantero Juan Antonio Maloja en Valladolid en 1593.

Tal como dejó el Colegio de Monforte Simón de Monasterio, así llegó hasta nuestros días, excepto uno de los patios, construido en el siglo XVIII. En 1919 se remataron las partes inacabadas del edificio. Ninguna modificación esencial perjudicó su conjunto monumental, de gran unidad, sin superposiciones de estilos. La fundación



de don Rodrigo de Castro es una de las raras obras gallegas empezadas y acabadas por una sola generación de arquitectos y en las que se reconoce la realización común de la inspiración de una sola escuela.

## DE LA TRAZA INCOMPLETA AL DISEÑO ORIGINAL. HIPÓTESIS.

## 7. DE LA TRAZA INCOMPLETA AL DISEÑO ORIGINAL. HIPÓTESIS.

Aunque el edificio se concibiese como un conjunto unitario no podemos olvidar que, desde un principio, se hace una clara distinción entre lo que es la Iglesia y el resto del colegio.

La Iglesia, la parte de la que primero se ocupan, se describe a través de unas largas y minuciosas condiciones que abarcan desde los cimientos a la decoración. Sin embargo, este meticuloso registro de medidas no permite reconstruir el templo tal como fue proyectado ante la ausencia de algunas medidas imprescindibles como son la longitud y anchura totales del templo, la anchura de los accesos a las capillas hornacinas y la altura y anchura de la nave central, aun cuando no sería necesaria su mención en las condiciones porque estos aspectos se reflejarían en la documentación gráfica que no ha sobrevivido.

La organización de la iglesia y patios determina el exterior. La fachada se compone de la portada central de la iglesia, las alas del edificio o frontispicio con su entrada en el centro de cada lienzo y las dos torrecillas que debían acabar el edificio, si en 1594 no se hubiesen añadido, como continuación de cada lado, unos metros de lienzo, idénticos a los de las alas.



El colegio comenzó a construirse en 1593, y a lo largo de 26 años, hasta 1619, se levantaron sus partes más significativas: como son la iglesia, la fachada principal y parte de los espacios que se articulan alrededor de los patios.

Si se analiza el alzado posterior se puede observar cómo los huecos de la sacristía rompen el ritmo vertical y horizontal del resto de las ventanas. Este dato refuerza la idea de que se trata de un elemento no previsto inicialmente, comenzado casi ochenta años después de acabada la principal campaña constructiva y, por lo tanto, ajeno al proyecto inicial. Mi opinión de esto es que el proyecto no contemplaba este alzado porque ahí iba a estar ubicado el claustro.



Es relevante la presencia de dos contrafuertes exteriores que dan cuenta de los problemas estructurales que afectaron a las bóvedas. Se sabe que la de la antesacristía se arruinó, pero desconozco cómo se comportaron las bóvedas de la sacristía y si tuvieron que someterse a algún proceso de restauración.







Tampoco se sabe si los movimientos que muestran se deben a deficiencias iniciales de la obra o si fueron consecuencia del terremoto de Lisboa de 1755 que dañó tan seriamente otras estructuras del edificio. La sequía documental es total y sólo queda la lectura cuidadosa de lo construido.

Pedro de Morlote en junio de 1594 firmó convenio con Juan de la Sierra. El documento especifica sobre el pago "de las piedras que habían de añadir a la nueva planta del colegio, iglesia, y escuelas " y de las "dos partes de quartos a la delantera, arrimados a las torres que de nuevo y al presente se hazen, de largo cada quarto veinte y seis pies y de ancho lo mismo".

La incorporación de estos cuerpos, cuyas dimensiones son de 26 x 26 pies, va a modificar no sólo la fachada principal, sino también una de las laterales -la del norte- que, para evitar cualquier ángulo en su configuración exterior, se amplía hasta formar escuadra con el cuerpo añadido. Se señalan los materiales, puertas y ventanas que llevarán, buscando la uniformidad material de la fachada oriental. Por esa razón se construirán de *«sillares de obra rustica... a la manera que van asentados los sillares de la delantera de las esquelas que se han comenzado a hazer»*; y el zócalo, recinto y entablamento de la casa y escuelas se prolongarán a estos cuartos.



Otra de las modificaciones introducidas en la fachada principal afecta a sus materiales. Desde un principio, la fachada oriental de la casa y escuelas se había proyectado realizarla de mampostería y las ventanas de cantería, pero el hermano Ruiz en nombre del Cardenal había ordenado cambiar la parte exterior para que se realizara de sillería de obra rústica. Esta alteración fue aceptada por Diego de Isla y los hermanos Fatón, que comienzan a trabajar en sillería es obra rústica la delantera de la casa y escuelas, pidiendo posteriormente que la tasación de esta parte fuera superior a lo estipulado, lo que, al no ser aceptado, provoca el cese y paralización de los trabajos en esta fachada. El hermano Ruiz, aprovechando la ocasión, excluyó a Diego de Isla y los hermanos Fatón, y remató, a más bajo precio, esta fachada en los maestros de cantería que habían tomado los cuerpos añadidos. Según las condiciones dadas, la fachada oriental sería de sillares de piedra berroqueña, labrados de «obra rústica a picón grueso»; las torres tendrían cuatro niveles de ventanas, diferentes en sus dimensiones, y los lienzos flanqueados por las torres y la Iglesia llevarían sólo dos, también diferentes; las puertas de la portería y de las escuelas se harían según *«la traza y orden que se les diere»*; y se obligan cada semana a asentar una hilada de sillares con su mampostería por detrás que abarcase la mitad de la fachada.

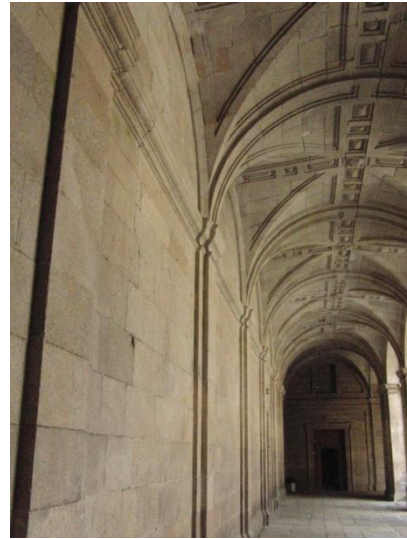




La pared de 92 pies a la pared que aparece en los textos de fundación se corresponden bien con el patio de la izquierda. Esto basándome en el levantamiento de Meijide, que la planta es muy exacto en lo que respecta a las medidas. Mi hipótesis es que este modelo era el patio que estaba previsto repetir en la derecha en la casa-colegio. En este momento, los diseños de los jesuitas eran muy simples. Evidentemente el tercer patio estaba detrás del patio de la derecha.



Por el lado derecho de la fachada rompieron lo que ya estaba hecho y movieron la fachada lateral a un nuevo límite con lo que ya estaba hecho (y en la planta, hay pruebas del contorno anterior, y en el levantamiento del sótano que se está haciendo en la actualidad se obtienen más pruebas de esto). Además si nos fijamos en la alineación del muro interior trasero de la fachada de la derecha (N.E), se observa que se hizo aprovechando la cimentación prevista para la fachada lateral primitiva. Ésto acabó por trastocar todo el proyecto.







Mi hipótesis es que, en este momento, decidieron modificar el claustro de la derecha y lo hacen más grande y suntuoso. La iglesia siguió el ritmo (había varios contratistas), y al fijarse en lo tortuoso de la puerta de la comunicación y en los diferentes grosores de los muros laterales de la iglesia, el enlace se hizo con cierta torpeza. Incluso las bóvedas del claustro van haciendo pequeños ajustes.

Al final si uno se fija en la escalera principal ésta no podía ser prevista en un área que no existía en los primeros meses. Además la sacristía, está situada en un lugar muy mal comunicado con la iglesia. Todos estos detalles evidencian que se hizo algo así como cortar y pegar en otro lugar, aprovechando las trazas y excavaciones que había realizadas, para evitar realizar más gastos...



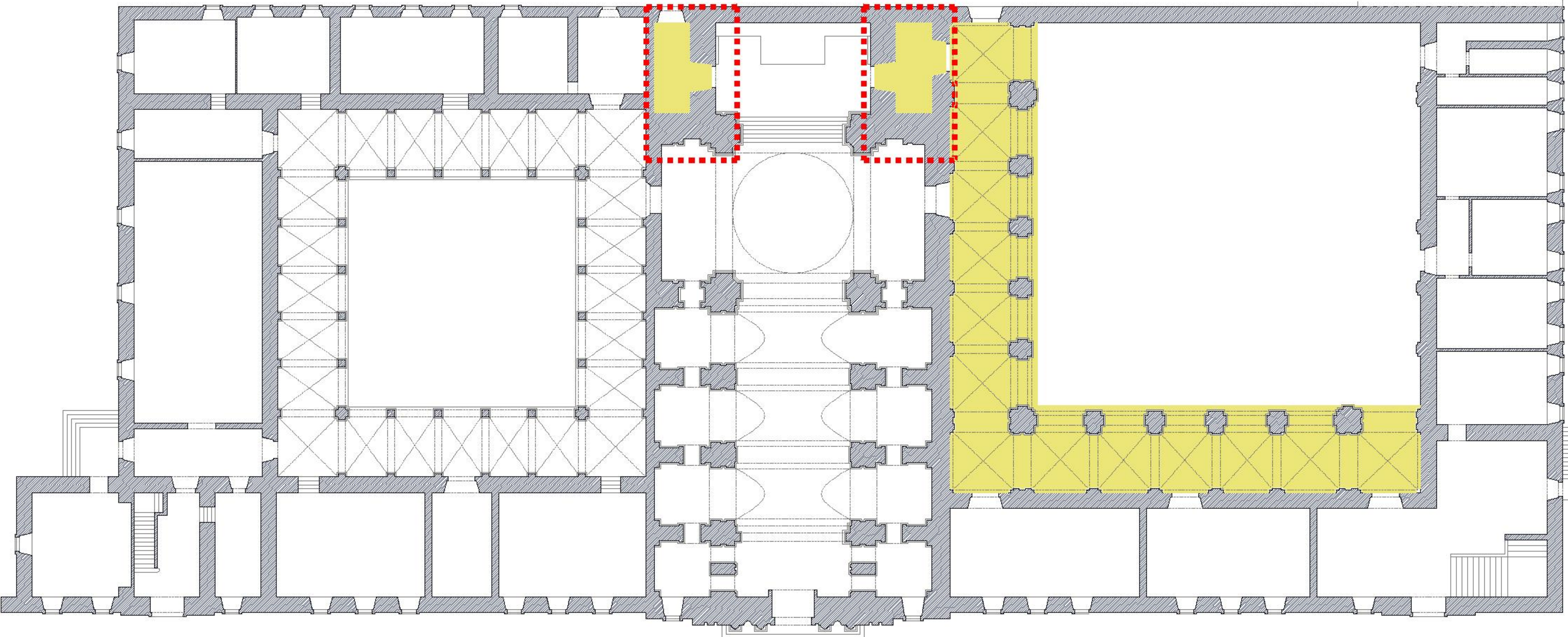
# 1608. APORTACIÓN DE SIMÓN DE MONASTERIO

... Simón de Monasterio, El cargo pretendido lo obtendrá el 14 de abril de 1608 mediante la obligación contractual de continuar y terminar la «tercia» parte de la Iglesia. La cabecera plana con que se remata la Iglesia tiene que estar terminada antes de 1613, pues en este año ya estaban construidas la cúpula y una torre, faltando la otra que estaba a punto de rematarse.

Otro tanto sucede con las dos torres, construidas por Simón de Monasterio, que se alzan en los dos extremos de la cabecera de la iglesia como guardando la Capilla Mayor, y que están como absorbidas por la masa del edificio. Sus proporciones debieron ser además un tanto menguadas respecto de las trazas primitivas.

...el 19 de abril de 1600, el cardenal, que debía sentir acercarse sus últimas horas, ordena se dé preferencia en los trabajos a los de la iglesia y en especial a los de su enterramiento.

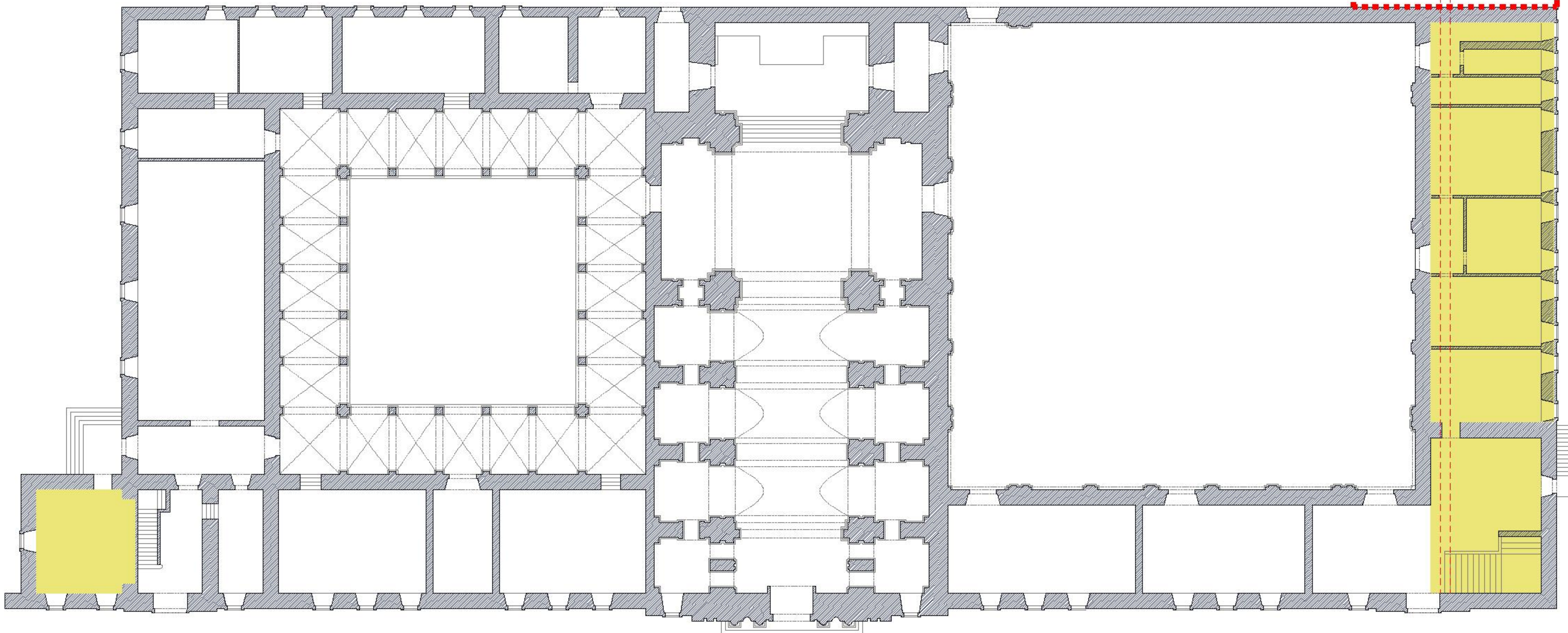
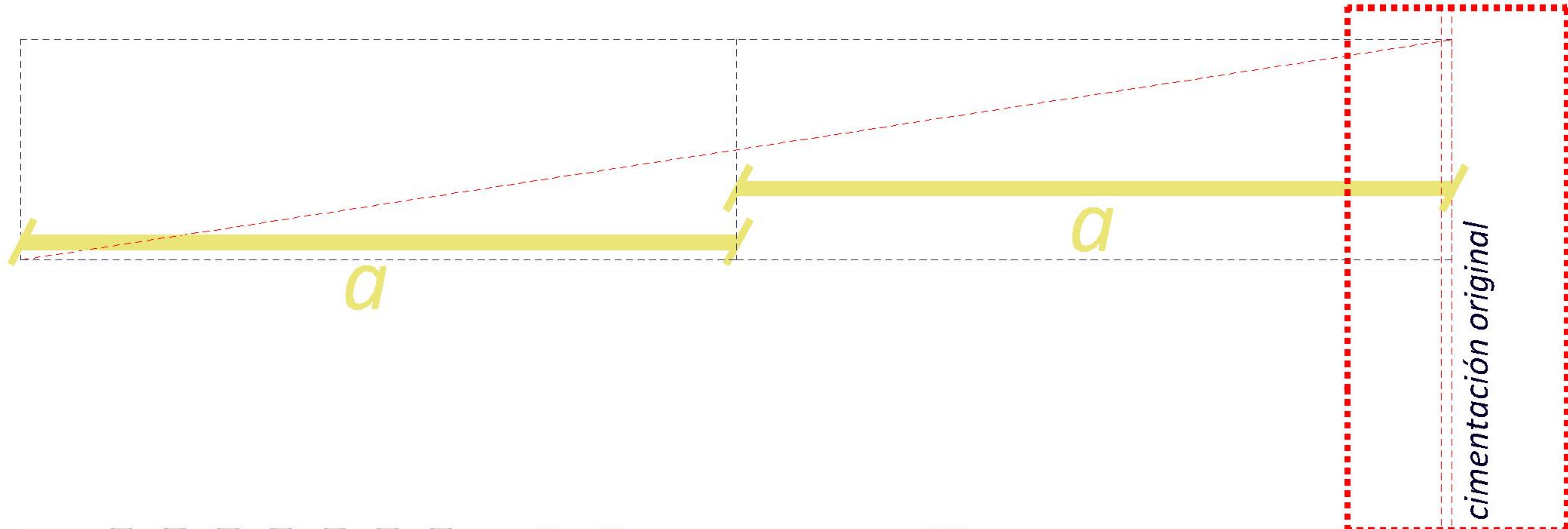
...el claustro, que está cubierto con bóvedas de arista, todas iguales, la mitad de las bóvedas fueron construidas en los primeros años del siglo XVII y la otra mitad en el primer tercio del XX.



# 1594. AÑO JUBILEO. UN AÑADIDO FUNDAMENTAL

... el cardenal don Rodrigo, que desde hacia cincuenta y tres años no había vuelto a Galicia, en el verano de 1594 hizo un viaje a Monforte que le permitió inspeccionar por sí mismo las obras de su fundación, las edificaciones estaban ya comenzadas. Una reforma se introdujo en el plan de la fachada, que se amplió hasta 106 metros .

...Pedro de Morlote en junio de 1594 firmó convenio con Juan de la Sierra, el maestro que después fue de la iglesia de Montederramo, sobre el corte y trabajo de la piedra que se añadió a la "adición a la nueva planta" por el hermano Andrés Ruíz. El documento especifica sobre el pago "de las piedras que habían de añadir a la nueva planta del colegio, iglesia. y escuelas " y de las "dos partes de quartos a la delantera, arrimados a las torres que de nuevo y al presente se hacen, de largo cada quarto veinte y seis pies y de ancho lo mismo"  
La incorporación de estos cuerpos, cuyas dimensiones son de 26 x 26 pies, va a modificar no sólo la fachada principal, sino también una de las laterales -la del norte- que, para evitar cualquier ángulo en su configuración exterior, se amplía hasta formar escuadra con el cuerpo añadido.





Las obras no avanzaban todo lo rápido que se deseaba, y si a ello añadimos que tanto el trabajo como el comportamiento de algunos de los contratistas dejaban bastante que desear, obtenemos como resultado el pleito promovido por Andrés Ruiz, maestro y sobrestante de la casa y colegio, contra Diego de Isla, Gregorio y Gonzalo Fatón. Las causas fundamentales que alegaba el director de la obra tenían que ver directamente con el incumplimiento de algunas de las cláusulas del contrato: no haber cumplido con el número de asentadores exigidos, incluso no haber traído «*ni a quatro ni a tres*», por lo que deberían pagar la pena correspondiente de 21 y 25 reales por día desde el 1 de abril hasta ahora «*que son mas de diez y seis meses*»; no haber hecho los cimientos como convenía ni la pared segura; equivocarse en la mezcla de cal y arena; y haber sido constante la ausencia de Diego de Isla que tenía además un carácter «*revoltoso y recolloso*». Por todo esto se decide su expulsión de la obra. La contestación de Diego de Isla a través de su hermano, Julián de Isla, está fechada casi un año después, el 27 de junio de 1595. En ella declara que ha cumplido con todas las condiciones y que las posibles faltas se debían a las complicaciones económicas que siempre había tenido la obra.

En 1592 sabemos que faltan por abrir algunos cimientos y que éstos subirán hasta el alto del pavimento de la Iglesia; se mencionan las torres que se hacen en las esquinas; no están hechos el refectorio, anterefectorio, cocina, trasacristía, portería, «piezas de trato» y patios. Además se introducen, como anunciamos, algunas modificaciones respecto a las condiciones de 1592: la escalera principal se hará en el cuarto del medio de los patios; habrá otras dos escaleras particulares: una en el primer patio por la que se sube al coro y a los cuartos altos, y la otra en el segundo patio; se les obliga a traer tan sólo seis asentadores y poner todos los materiales de piedra, cal, arena, hierro, e instrumentos, herramientas, andamios, oficiales y peones. A las canteras anteriormente mencionadas, Ribas Altas y Remoin, se le añade una nueva, la de Piñeira. Es posible que este contrato no anule el de Pedro de Morlote y Juan de la Sierra, aplicándose éstos a la fachada oriental y torres, y los Fatón al resto de las escuelas y casa.

En 1595 un nuevo convenio aporta datos sobre las piezas inconclusas: los «cuartos», el refectorio, la enfermería y la sacristía ubicados en la casa-colegio no tienen ni los cimientos; las puertas de la portería y de las escuelas con modillones, arquitrabe, friso, cornisa, frontispicio, remates de pirámides y escudo tendrían que ejecutarse «*conforme a la orden de Bignola*»; los corredores altos y bajos de los tres claustros se harán «*conforme a la traza que se les dara y conforme esta elegido en la pared de la yglesia*»; la escalera principal de la casa tendrá ocho pies de ancho sin el pasamanos y tres tramos asentados sobre sus respectivos arcos, con la posibilidad de macizar el primer tramo; la galería llevará un recinto que vuele sobre el tejado medio pie.

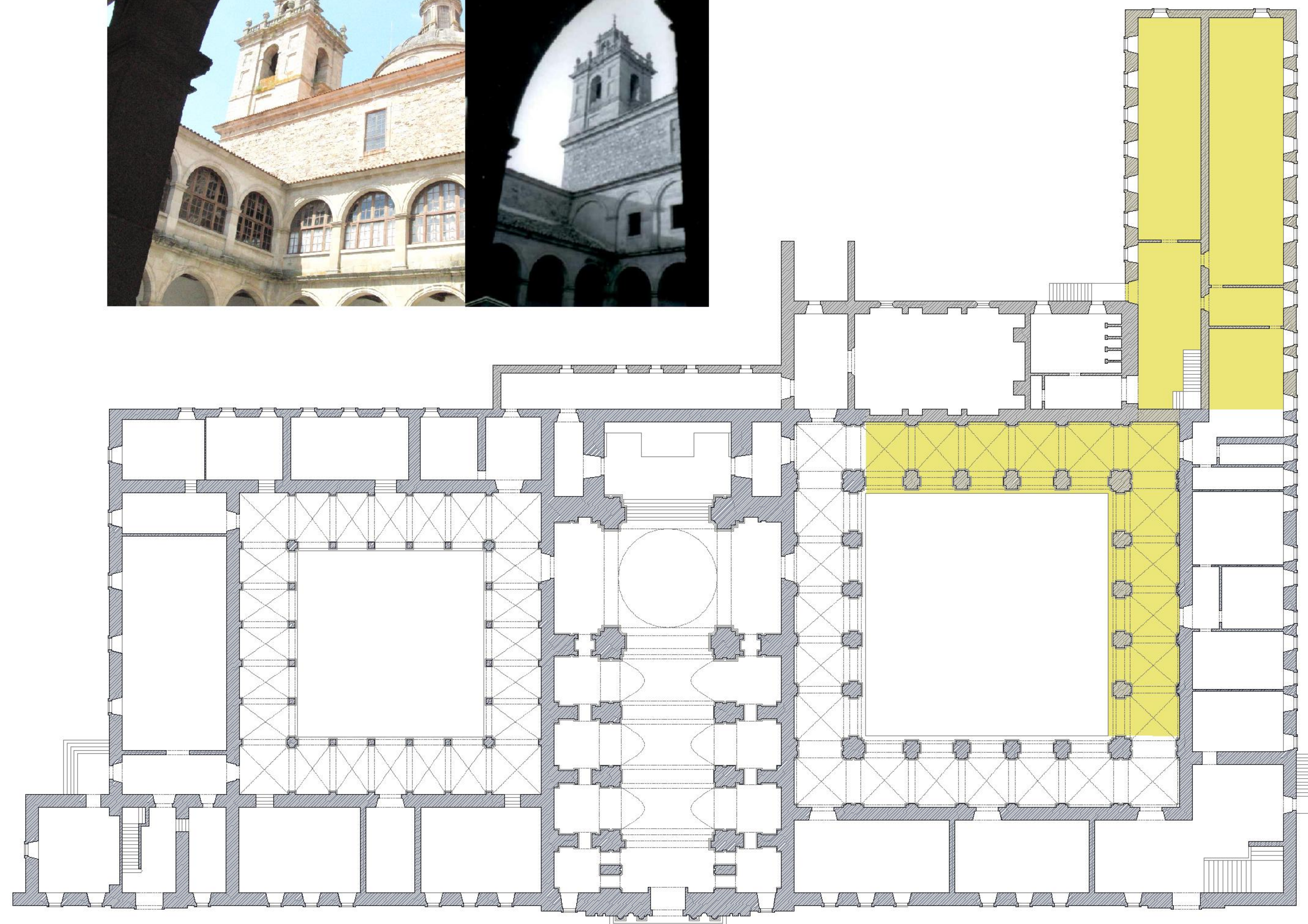
El resto de edificio, según las «*annuas*» de 1600, alcanza ya una altura de «cinco hombres». La parte más avanzada corresponde a las escuelas donde las aulas de gramática se están cubriendo con su tejado. La parte correspondiente a las escuelas, con patio incluido, está prácticamente acabada, ya que los cuartos altos «*havitaranse para septiembre*», y la parte de la casa-colegio «*va despacio*». Sobre la Iglesia se matiza que sus obras llegan a la cornisa.

Simón de Monasterio se compromete a la obligación contractual de continuar y terminar la «tercia» parte de la Iglesia: la cabecera plana con que se remata la Iglesia tiene que estar terminada antes de 1613, pues en este año ya estaban construidas la cúpula y una torre, faltando la otra que estaba a punto de rematarse. La pericia técnica demostrada por Simón de Monasterio en lo que se refiere a la cubrición del espacio mediante bóvedas de cañón y cúpula será resaltada posteriormente en el contrato de otra obra jesuítica, esta vez se trata de la Clerecía de Salamanca; en una de sus cláusulas «se preveía el que Monasterio levantara las bóvedas y el cimborrio del templo, punto en que había demostrado su pericia durante la construcción de los mismos elementos en la Iglesia del colegio de Monforte».





## 1919. PROYECTO DE PÉREZ DE LOS COBOS

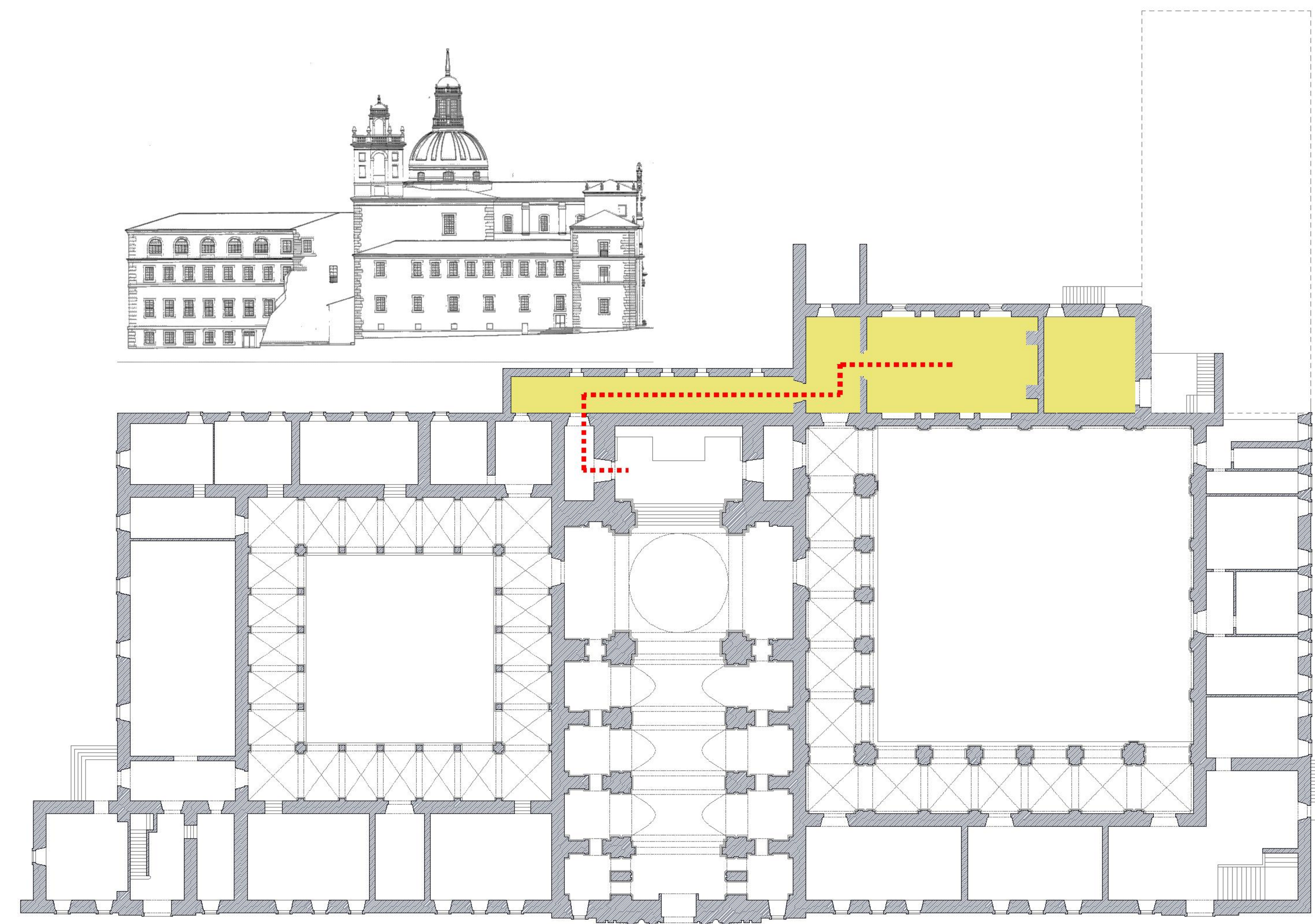
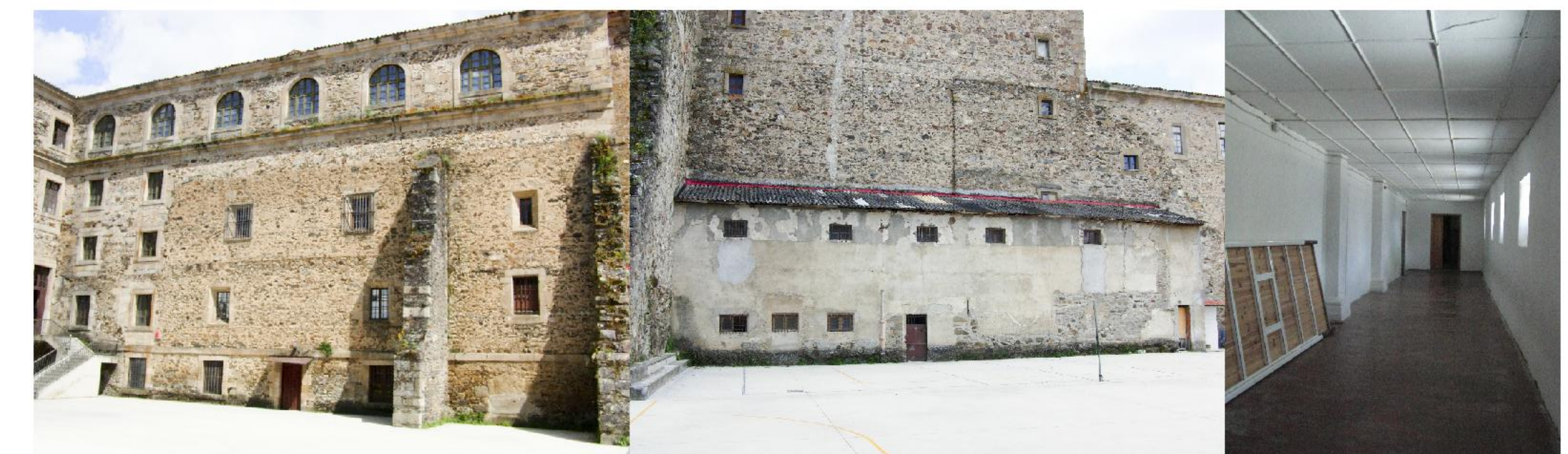


## 1699. SE CONSTRUYE LA SACRISTÍA

... Poco se conoce de las circunstancias que rodearon su construcción. Se sabe que ya existía una anteriormente, que las obras se iniciaron en 1699 y que costaron 85.694 reales. Nunca llegó a resolverse su conexión con la iglesia, lo que hizo que el uso de sacristía acabara trasladándose a un pequeño espacio al lado del presbiterio, y que la sala construida para ese fin cambiase el uso inicialmente previsto: « se empleó, sucesivamente, para sala de estudio, oratorio de internos, comedor, biblioteca y, ahora, museo, donde se exhiben varios cuadros pictóricos de gran valor, ». La que fuera denominada nueva sacristía durante su construcción pasó a llamarse, con el cambio de uso, antigua sacristía.

...las bases previstas para la cara frontal temprano ... Si se traza la línea de la fachada principal ... La escalera principal no podía ser prevista en un área que no existía en los primeros meses, y la sacristía, tan poco relacionado con la iglesia ... para mí que hicieron algo así como cortar y pegar en otro lugar, aprovechando las polillas que había, para evitar pagar más ...

Se aprovechan las excavaciones y cimentaciones iniciales para pegar en ellas los recortes para evitar así pagar otras nuevas, así surgió la posición de la sacristía tan alejada de la iglesia.





Como siempre, la parte pendiente sigue siendo la destinada a la comunidad, que ya nunca se terminará según los planes previstos. Han transcurrido 28 años y, aunque desde el principio se contó con un plan general, muchas han sido las modificaciones que en él se introdujeron por diversas razones:

- económicas -no se pudo terminar conforme a lo proyectado-;
- estéticas -el cambio de un campanario con un husillo por dos torres en la cabecera de la Iglesia-' prácticas los cuerpos adosados a las torres de la fachada-;
- y por falta de experiencia o entendimiento demostrado por algunos de los maestros de cantería los hermanos Fatón en diversas partes del colegio como se acredita en la tasación hecha por el hermano Tolosa.



Pero el colegio quedó sin acabar y no se completaría hasta el siglo XX: entre 1919 y 1939 hubo 11 años de actividad constructiva en la que se construyeron partes tan importantes como la mitad posterior de la fachada lateral derecha --la que se muestra en la fotografía--, y dos alas del claustro principal, que es el de la derecha.



Es decir, en el claustro, que está cubierto con bóvedas de arista, todas iguales, la mitad de las bóvedas fueron construidas en los primeros años del siglo XVII y la otra mitad en el primer tercio del XX. Éstas obras fueron impulsadas por el Duque de Alba, patrono del complejo, que encargó al arquitecto de la Casa de Alba, Don Francisco Pérez de los Cobos, la redacción de un proyecto de obras y presupuesto de las mismas, en 1915. Una copia de dicho proyecto se encuentra en el depósito del Colegio de arquitectos de Coruña. En la casa del concello de Monforte se encuentra una maqueta de madera anterior a esa fecha y que demuestra la parte que falta.



Las obras de construcción duraron de 1919, hasta 1930, cuando se interrumpieron, sin rematar por completo, todo lo proyectado. Las obras realizadas fueron:

- Claustro principal: Crujía NO entera y crujía NE, desde el comienzo de los arcos, sobre las pilastras, que estaban ya hechas. Se nota perfectamente lo nuevo por el color más limpio de la piedra. Además, se enlosaron patio y claustro con piedra de cantería.
- Fachada NE: Se terminó en su segunda mitad (a partir de la principal), que tenía un piso menos, y se modificaron los pisos para darles mayor altura, quedando con sótanos, planta baja y pisos 1º y 2º, de suerte que, aunque exteriormente tiene cuatro filas de ventanas sobre los sótanos, no son más que tres plantas o pisos, ya que a la planta baja corresponden dobles ventanas.
- Fachada NO: (encima de la antigua sacristía, hoy museo). Se levantó otro piso, con lo que se igualaron los tejados alrededor del patio.

Posteriormente durante la guerra civil, se levantó una amplia escalera desde el vestíbulo de la sala de estudio hasta el último piso. Finalmente, en 1930, se hizo la lonja o terraza que, según contrato de la fundación, debía tener el Colegio a lo largo de la fachada, pero duró muy poco, pues al año siguiente fue destruida por gentes que, no estaban conformes, por considerarla antiestética o innecesaria.

Estaba también proyectado, pero no llegó a realizarse, un pequeño cuerpo de edificio, detrás de la iglesia, para sustituir al actual pasadizo o túnel, antiestético y ruinoso, que comunica las dos partes del edificio, por algo más elegante, sólido y aprovechable. Constaría de sótanos, para dependencias deportivas, y dos plantas, que comunicarían, respectivamente, los dos patios y las galerías superiores y, además, llevaría varias aulas orientadas al NO, de muy fácil acceso desde ambos patios y galerías.

Entre estas dos campañas constructivas tan distantes en el tiempo no se construyó nada, con la excepción de la sacristía. La sacristía, su vestíbulo o antesacristía y quizá unos espacios de servicio, apenas hay documentación sobre ella, pero se sabe que se comenzó a construir en 1699, es decir, 80 años después del final de la primera etapa de construcción.



Se desconoce si responde a una previsión del proyecto inicial, (estamos ante un edificio clasicista, edificios que se construyen partiendo de proyectos completos y cerrados). Pero al haber quedado sin acabar el edificio, pudo responder a una necesidad del momento para la que se realizó un proyecto que se añadió a lo que había construido. Tampoco se sabe si la cimentación y una planta de semisótano ya estaban ejecutadas de la primera etapa y si estaba pensada para una estructura de este tipo.



## MODELO HERRERIANO

## 8 MODELO HERRERIANO

La influencia del modelo de El Escorial se percibe en el programa que se elabora para el Colegio y en ciertos aspectos formales de su arquitectura. Algunos autores incluso atribuyeron la autoría del proyecto al propio Juan de Herrera aunque como ya se ha dicho al principio de este trabajo, se debe al jesuita Andrés Ruiz, segoviano, y al arquitecto del arzobispado de Sevilla, el italiano Vermondo Resta. Este proyecto fue modificado sustancialmente, posiblemente por Juan de Tolosa, directamente emparentado con Pedro de Tolosa, aparejador de El Escorial.

Juan de Tolosa, según Llaguno hermano y según Chueca Goitia, hijo de Pedro de Tolosa, el aparejador de El Escorial, hubo de trabajar en su juventud al lado de éste en el monasterio de Felipe II. Es muy probable que fuese hermano de Alonso de Tolosa, maestro vallisoletano que, como sabernos, intervino en la construcción de Villagarcía de Campos (Valladolid), iglesia que se ha atribuido erróneamente a Juan de Tolosa, Corno arquitecto, es autor de las trazas del magnífico Hospital de Simón Ruiz en Medina del Campo, terminado en 1619. En Galicia, además de dirigir las obras en el Colegio de! Cardenal en Monforte de Lemos, trazó la iglesia del monasterio cisterciense de Montederramo (Orense).

¿Cuál es la filiación artística de este hermano Juan de Tolosa, que en el mismo día se ocupó de los moldes de las basas y pilastras de la iglesia con el maestro Juan de Cajigas, Juan de Tolosa es arquitecto que pertenece a la escuela herreriana vallisoletana, como sabemos. Respecto a su intervención en el Colegio del Cardenal, obra en la que es difícil determinar exactamente el papel de Andrés Ruiz y de Vermudo, no ofrece dudas que tuvo que ser decisiva en las modificaciones introducidas en el curso de los trabajos.

Según Bonet Correa «Una ventaja ... de lo herreriano eran sus programas acabados y completos ... El Colegio de Nuestra Señora de la Antigua en Monforte de Lemos y la iglesia del monasterio de Montederramo [otro edificio clasicista gallego] eran edificios concebidos y realizados con unidad y en los que no se injirió ningún elemento extraño a su estilo y estructura.»

En Octubre de 1624, según recoge el Archivo del Colegio del Cardenal, de Monforte, se encuentran en poder de Simón de Monasterio unas plantas y alzados de El Escorial, así como algunos dibujos de templos de Roma.

“La planta del ecurial y alcados otras estampas de los templos de Roma... guarnecidas enquero...”

El arquitecto Secundino Zuazo Ugalde ha sostenido la tesis de que el monasterio de El Escorial se había concebido partiendo de las plantas de los hospitales italianos y de los cruciformes de los Reyes Católicos. Pita Andrade rechaza toda idea en relación de Herrera y la planta del Colegio de Monforte, que considera cercana de la del hospital Tavera, de Toledo, sin tener en cuenta que este último edificio, que no se realizó por completo, probablemente se componía en su primitiva traza de cuatro patios con la iglesia entre ellos. Ahora bien, el edificio toledano en su aspecto actual recuerda

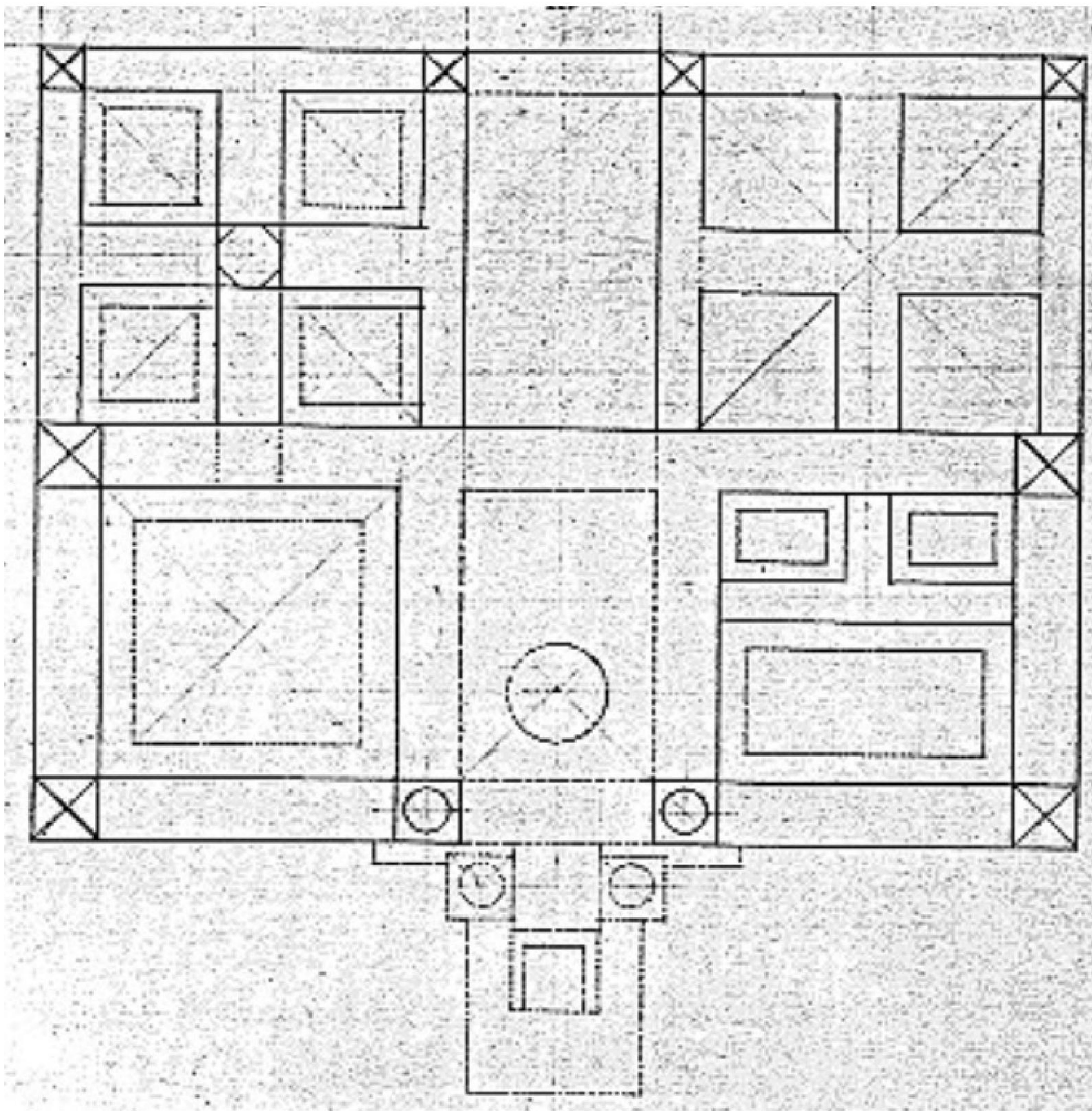


# MODELO HERRERIANO. LA TRAZA UNIVERSAL.

... El colegio del Cardenal sigue el mismo esquema que el Escorial (izquierda), planta cuadrangular dividida en tres partes, la central destinada al culto, la izquierda en el Colegio destinado a las Escuelas y la derecha destinada en el Escorial, al palacio, es decir una gradación de lo más público a lo más privado, del oeste al este.

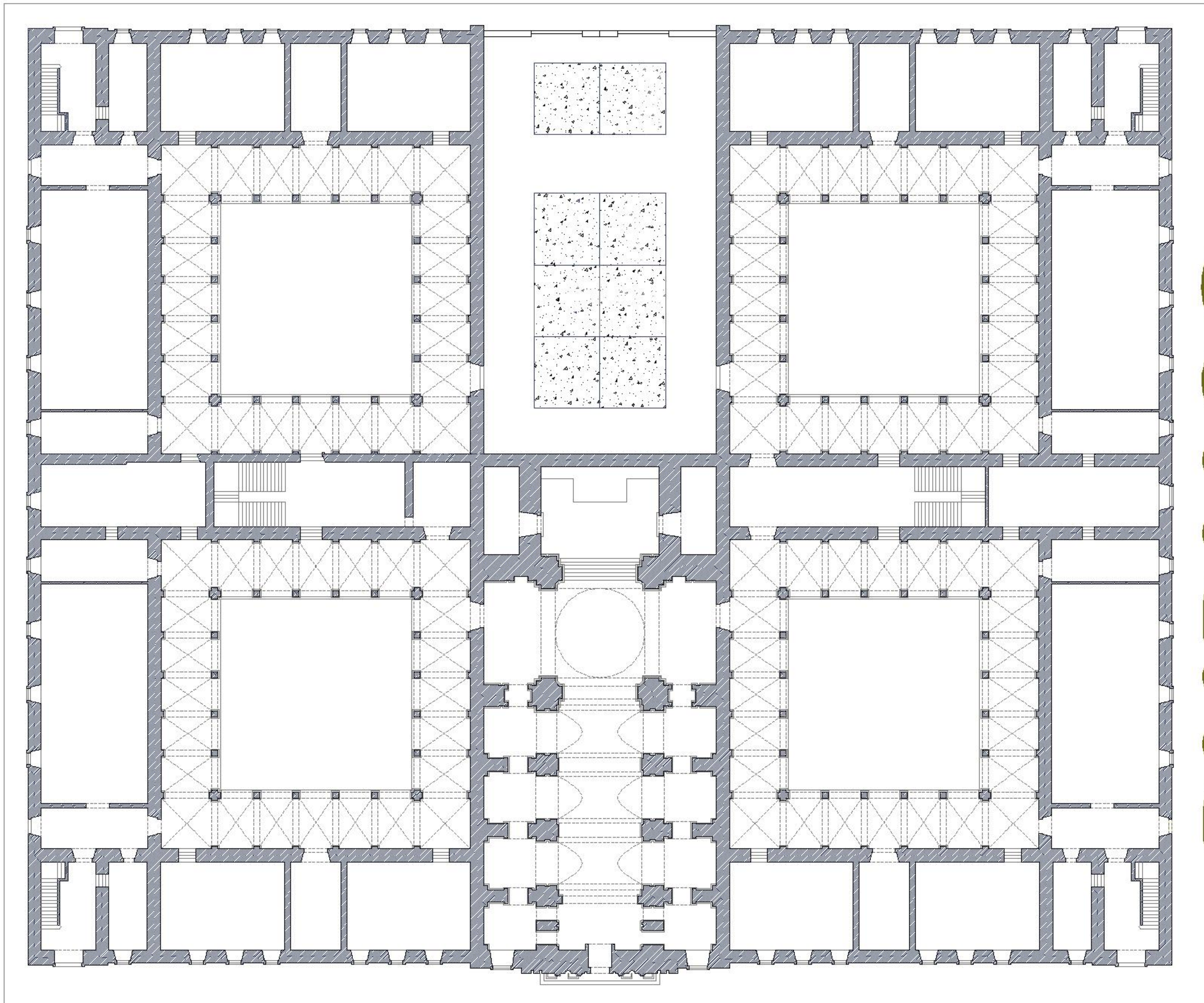
... Villalpando envía una reconstrucción del templo de Salomón (derecha), con planos, alzados y secciones a Felipe II. Hay que indicar que Felipe II ostentaba entre sus títulos el de rey de Jerusalem, y se hacía representar, como los monarcas de su tiempo, en el Papel del Rey Salomón.

PRIVADO



PUBLICO

PRIVADO



PUBLICO

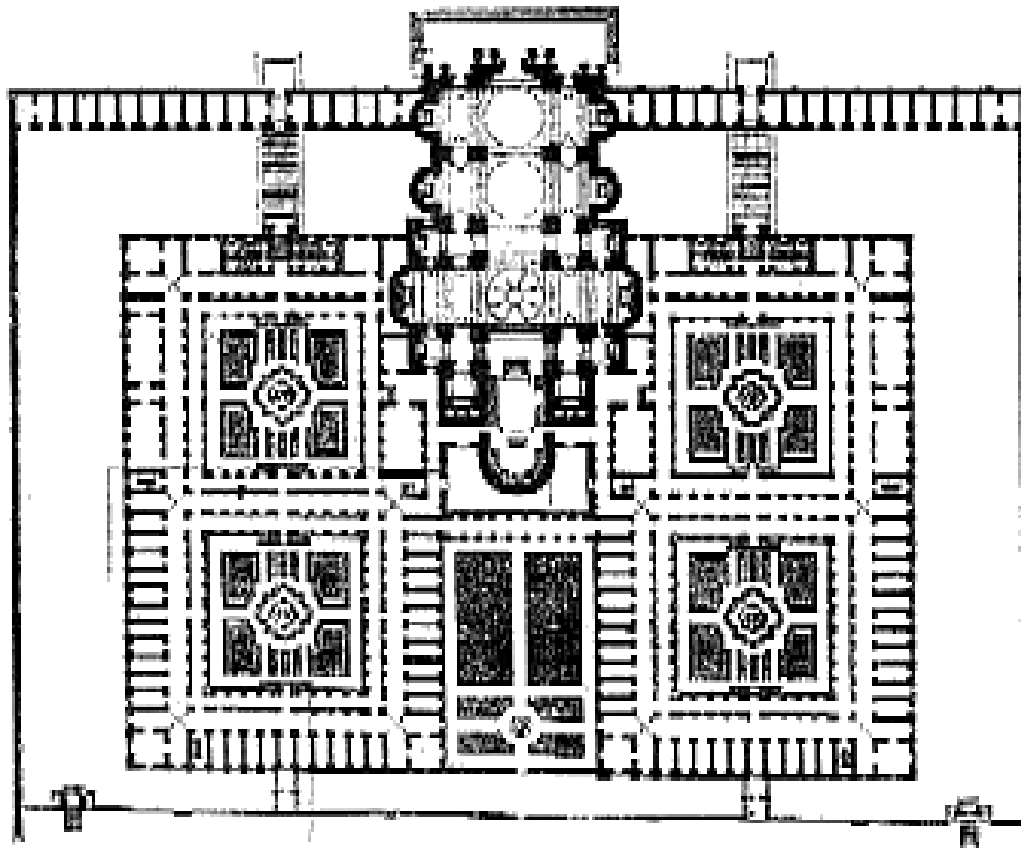


la planta del Hospital de Santiago, en Úbeda, obra de Andrés de Vandelvira, en la que la fachada ocupa el lienzo frontal del único claustro correspondiente a un edificio de tipo palaciego, En Santiago de Compostela el tipo lo volveremos a encontrar en el Colegio de San Clemente, trazado por Ginés Martínez, que conocía muy bien la arquitectura de Úbeda, ciudad cercana a Baeza, en la que había trabajado. En lo que se refiere al Colegio de Monforte, hay que tener en cuenta su solución particular, aunque si la disposición típica del siglo XVII de edificio de doble patio, que encontramos, con gran escalera en el lugar de la iglesia, en la cárcel de la Corte de Madrid, el Colegio de Málaga de Alcalá de Henares y el hospital de Jesús, en la ciudad de Méjico, por citar ejemplos importantes.

## HERENCIA RENACENTISTA. FILARETE.

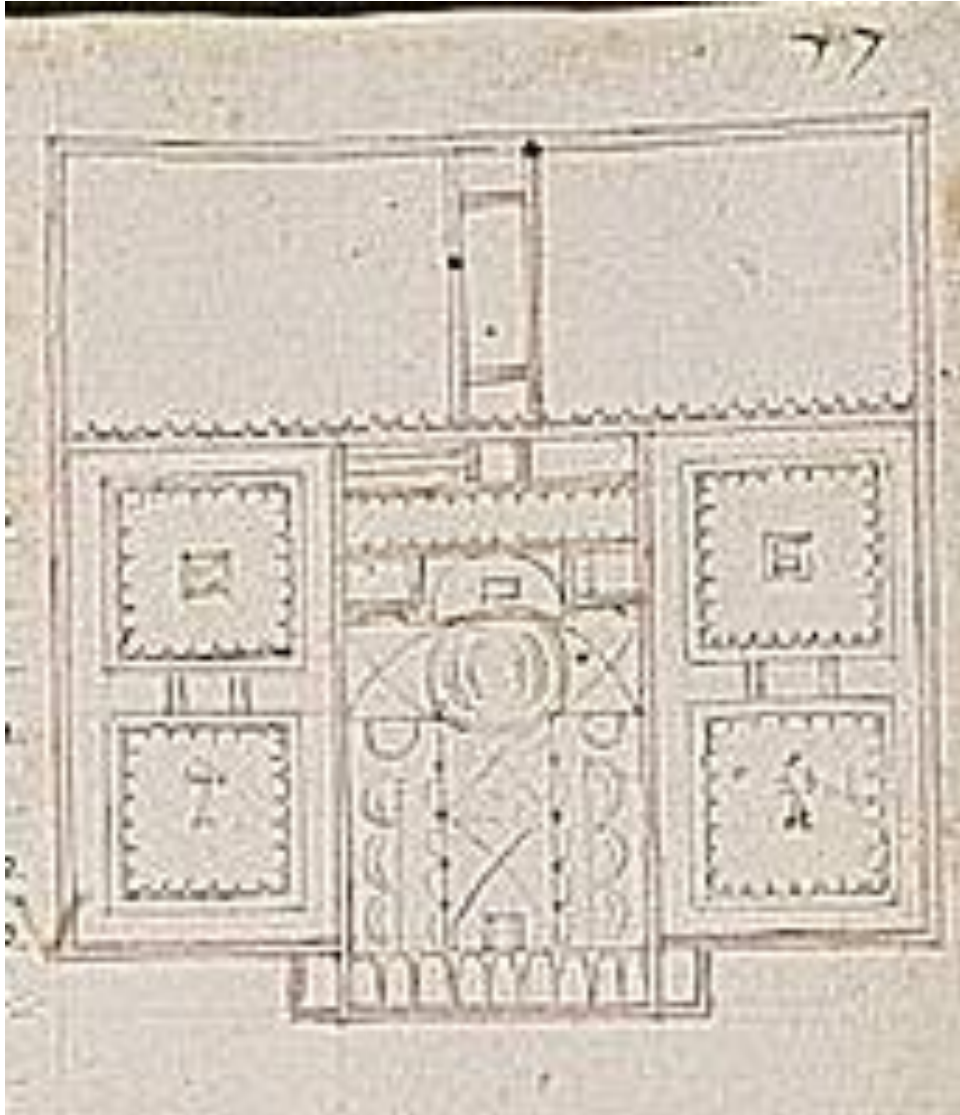
### 9. HERENCIA RENACENTISTA. FILARETE.

Un esquema similar al empleado en el Colegio de Monforte se sigue en el Hospital Real de Granada, iniciado en 1511 el edificio es de planta de cruz griega, enmarcada en un cuadrado, en cuyos ángulos había proyectados cuatro patios simétricos, de los que sólo se llegaron a terminar dos (los de la izquierda). Dicha planta copia el modelo realizado por Filarete en el Hospital Mayor de Milán, que será reproducido por toda Europa a partir del siglo XVI. La estructura del Hospital de Filarete está formada por dos núcleos, cada uno con dos crujías formando una cruz griega, entre cuyos brazos se albergan cuatro patios, unidos por un patio central e inscritas en un rectángulo formado por cuatro naves. Este tipo constituía un modelo que era modular en el sentido que podía ampliarse, repitiendo esta estructura o reducirse, aplicando la unidad básica tal y como se hace en los hospitales y colegios españoles.



En éstos la estructura se limita a dos crujías que forman una cruz, inscritas en un rectángulo formado por otras cuatro que sirven de cierre; entre los brazos de la cruz y el perímetro de cierre se albergan cuatro patios.

Como ya se mencionó antes estos modelos derivan del hospital de Filarete conocido a través de su tratado. A este supuesto se cree que pudieron haberse servido de alguna de las varias copias que se realizaron de este tratado. Una de éstas, estaba al menos, en la biblioteca del Duque de Calabria en Valencia en el siglo XVI.

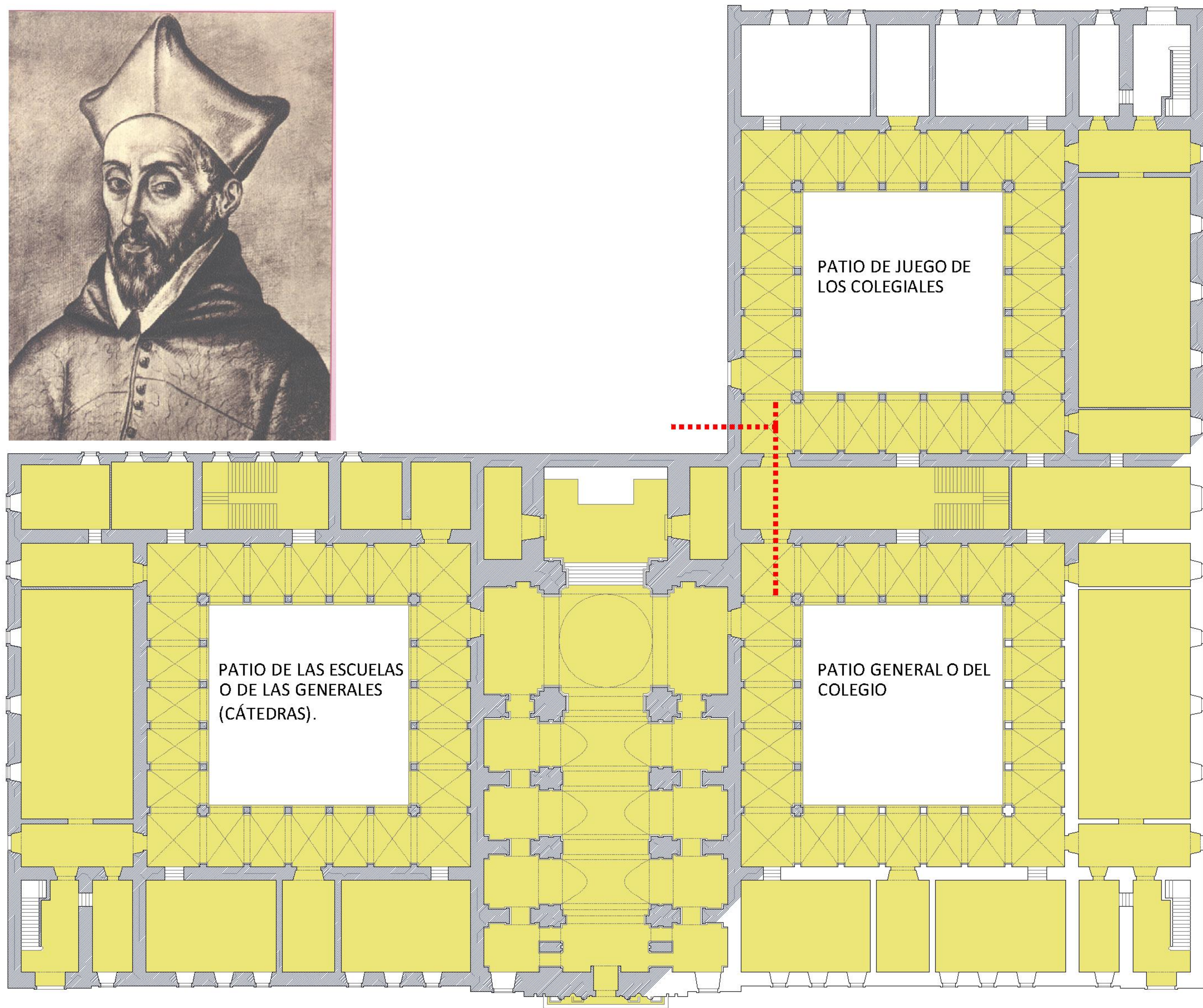




# 1592. PRESENTACIÓN DE LOS PLANOS Y ESCRITURA DE FUNDACIÓN

... por lo que respecta a los patios, se preveían dos: el primero, por lo que se deduce de la condición undécima, tendría 92 pies de pared a pared y corredores altos y bajos de 14 pies de ancho. Como soportes se emplearían pilares cuyas pilastras adosadas tendrían su correspondencia en la paredes interiores de las crujías. La altura de los pilares, incluyendo las basas e impostas, sería de 13 pies y sobre ellos se erigirían cinco arcos de medio punto y dos arbotantes por panda.El segundo patio se construiría «de la misma orden, forma y precio». Habría un conducto para expulsar las aguas que, pasando de un patio a otro, desembocaba en la huerta. En cuanto a la escalera principal, se asentaría en el cuarto de la sacristía y estaría compuesta por tres tramos de treinta y una gradas.

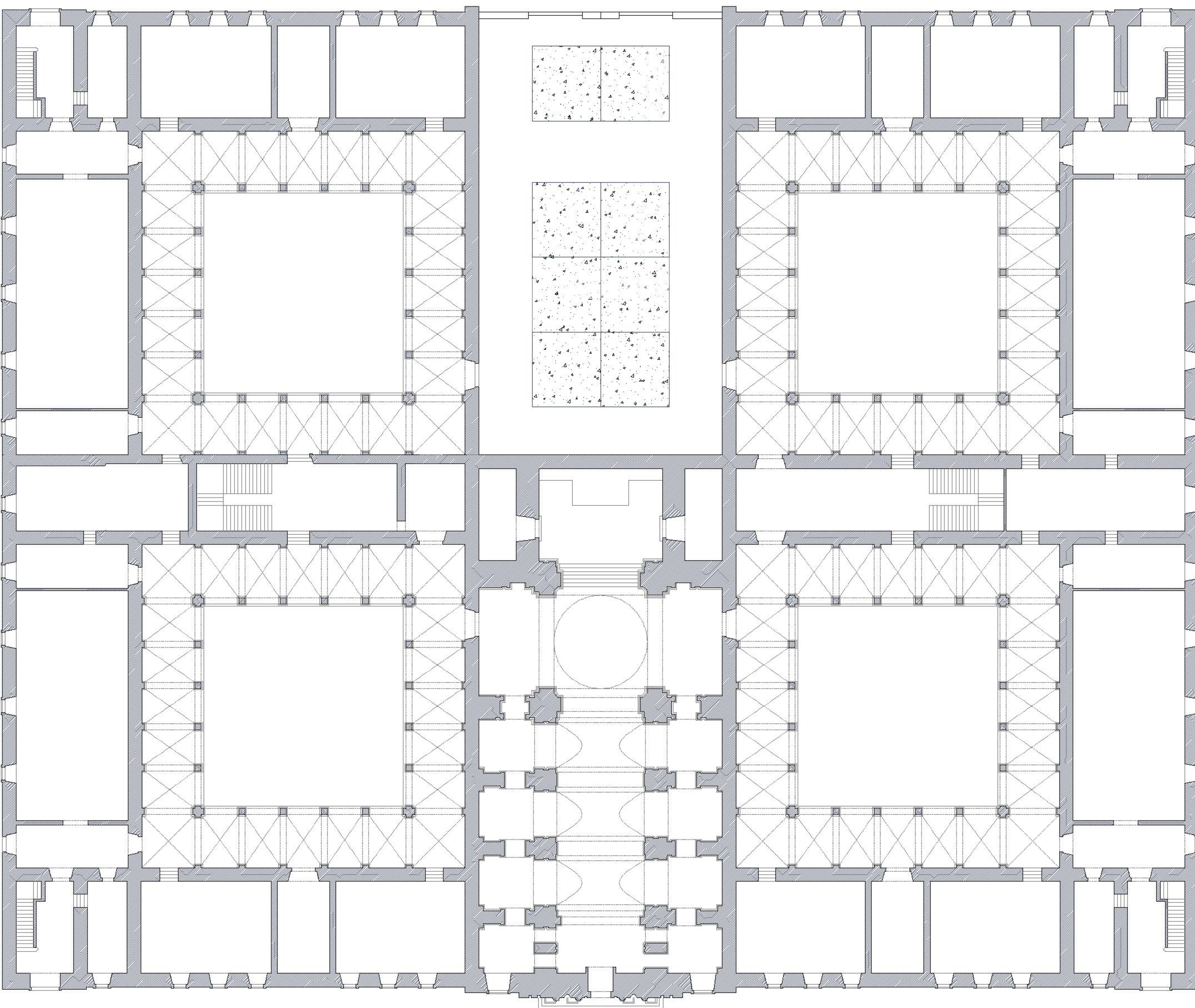
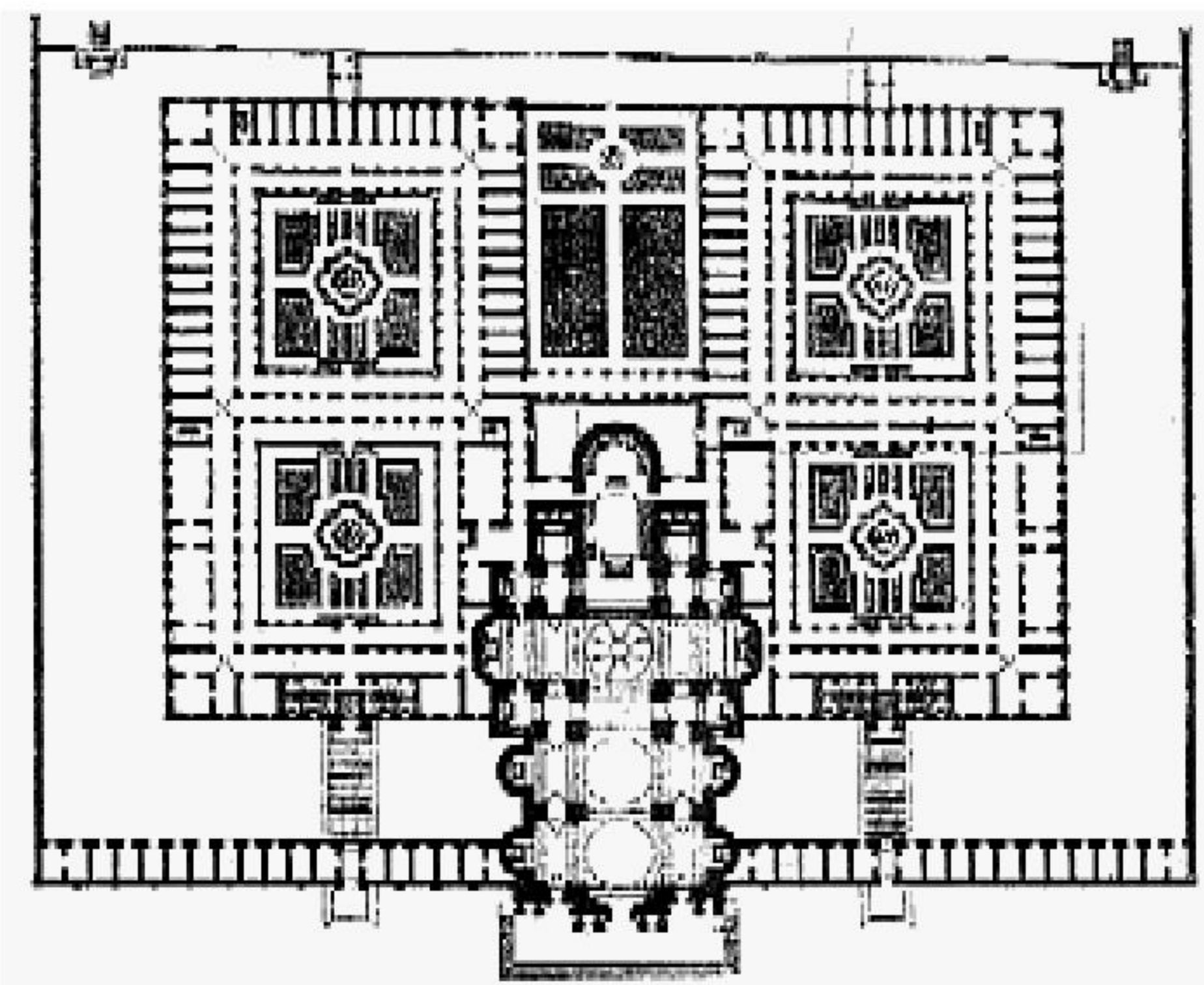
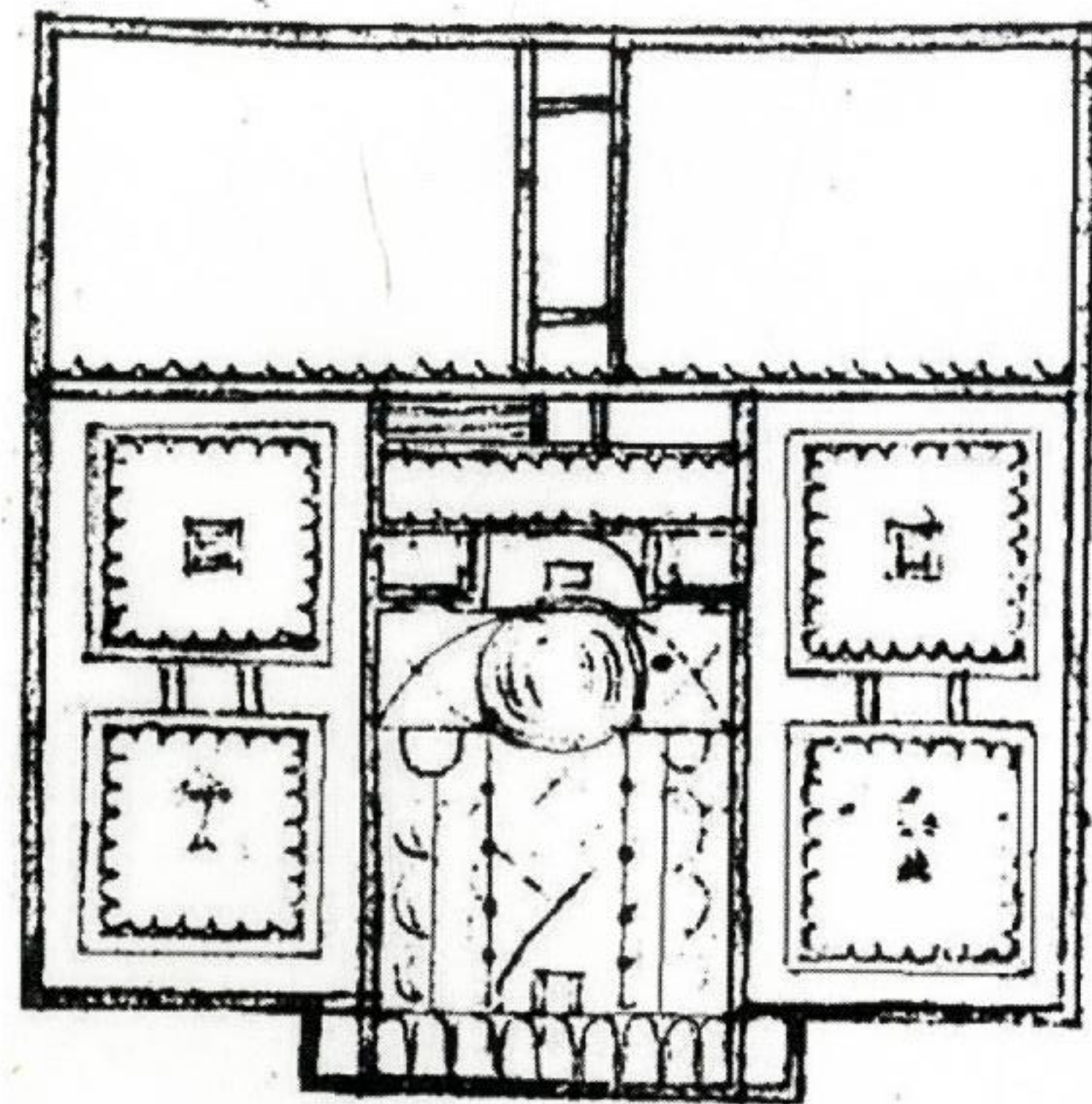
En lo que atañe a las escuelas -parte izquierda- se expone que sus cimientos, paredes, puertas, ventanas y su único patio con sus corredores, conducto de desagüe, pilares y arcos serían «de la misma orden y manera a lo de la casa y colegio». Sólo se hace una salvedad en su escalera que estaría compuesta por dos tramos de treinta y dos gradas.



# 1465. HERENCIA RENACENTISTA. FILARETE

..... Un esquema similar al empleado en el Colegio de Monforte se sigue en el Hospital Real de Granada, iniciado en 1511. El edificio es de planta de cruz griega, enmarcada en un cuadrado, en cuyos ángulos había proyectados cuatro patios simétricos, de los que sólo se llegaron a terminar dos y que está basado en el Hospital Real de Milán que aparece en el tratado de filarete (abajo a la izquierda) además también se muestra el convento de los Benedictos en Catania; Sicilia realizado por Francisco Sforza en 1457 sobre trazas del mismo Filarete (abajo a la derecha).

Este tipo constituía un modelo que era modular en el sentido que podía ampliarse, repitiendo esta estructura o reducirse, aplicando la unidad básica tal y como se hace en los hospitales y colegios españoles.





## CONCLUSIÓN. IMPORTANCIA DE ESTE MODELO.

## 10. CONCLUSIÓN. IMPORTANCIA DE ESTE MODELO.

*El templo vi a Minerva dedicado,  
de cuyos geométricos modelos  
si todo lo moderno tiene celos  
tuviera envidia todo lo pasado*  
(Góngora)

En la historia de la arquitectura siempre han existido edificios que marcaron un hito, claro ejemplo de ello es la Real Fundación de San Lorenzo de El Escorial. En esta línea, pero circunscribiéndonos a un ámbito regional, se puede hablar del Colegio de Nuestra Señora de la Antigua, que ha sido considerado como el «verdadero y estricto primer clasicismo gallego». Se trata de un edificio llamado a desempeñar un papel capital dentro de la arquitectura gallega y cuya historia sigue dominada por multitud de incógnitas, a pesar de la bibliografía que lo ha abordado. Los avatares sufridos tanto por el inmueble como por su documentación, desaparecida en su mayor parte, hacen que nuestro conocimiento continúe siendo incompleto.

A todo esto debemos sumar que, a lo largo de este tiempo muchos fueron los arquitectos y maestros de obras que han participado activamente en la ejecución de este proyecto. Y todo ello sin olvidar la novedad que, con su consiguiente rechazo, supone la implantación de otros valores propios del clasicismo arquitectónico en una región periférica y reacia a las innovaciones y cambios. Pero todos estos inconvenientes no impidieron la erección de una obra que es y debe ser considerada como la primera gran arquitectura clasicista con que cuenta Galicia, pues no en vano ha sido considerada como el «escorial gallego», título nada desacertado si tenemos en cuenta que durante su construcción ya se comentaba que de ejecutarse con toda perfección el diseño inicial, resultaría «otro segundo Escorial».

En el remate de estas obras hay maestros que se agrupan para presentar sus posturas, así ocurre con Diego de Isla, Macías Alvarez, Gregario y Gonzalo Fatón. Otros, como Antonio Díaz de Cadórniga, las presentan en solitario. Después de varias bajas, Diego de Isla y compañía son los encargados de su construcción, siempre que den las respectivas fianzas. Si el remate final asciende a 50.000 ducados, y la Iglesia se contrató en 18.000 ducados, el resto, lógicamente, se realizó en 32.000 ducados.

El testimonio del escribano encargado de leer las condiciones es claro; en el último párrafo de los dos pliegos de condiciones constata la presencia de Andrés Ruiz y Vermundo Resta en las lecturas con sus respectivas rúbricas al final. La presencia del hermano Ruiz no plantea ninguna duda, incluso aparece anteriormente en Astorga; pero no ocurre lo mismo con Vermundo Resta, que no aparece en Astorga ni en los distintos remates de la Iglesia y colegio.

## ANEXO. EL CONDE DE LEMOS Y SU DINASTÍA.

## 11 ANEXO. EL CONDE DE LEMOS Y SU DINASTÍA

El estudio del edificio no puede efectuarse al margen de su fundador, Don Rodrigo de Castro, figura que merece un puesto destacado en la historia del mecenazgo español del siglo XVI y que nos va a permitir centrarnos en el tema. Descendiente de la linajuda Casa de Lemos, estudiante y Rector de la Universidad de Salamanca, Consejero de la Inquisición, Obispo de Zamora y Cuenca, Arzobispo de Sevilla, Cardenal de la Santa Iglesia Romana con el «Título de los Doce Apóstoles», y Consejero de Estado. Su linaje noble, educación humanística, capacidad diplomática y encumbrada posición eclesiástica le permiten participar activamente en el mundo político, social y eclesiástico del reinado de Felipe II. Sus viajes a Italia, Flandes e Inglaterra, y sus relaciones sociales se convierten en el complemento ideal para alcanzar el grado de mecenas renacentista, amante y protector de las artes y las letras. Siendo el edificio que aquí estudiamos el mejor ejemplo de su mecenazgo y al que dona sus abundantes reliquias, cuadros, esculturas y espléndida biblioteca. Es una fundación eclesiástico-nobiliaria, de carácter funerario, regentada por la Compañía de Jesús y puesta al servicio de la educación y la religión.

El carácter contrarreformista del Cardenal, su relación y amistad con Felipe II -mecenas a imitar- y sus contactos con la Compañía de Jesús pueden considerarse como los aspectos que desencadenan esta fundación. En torno a 1585-1586 empiezan a bullir en su cabeza tales deseos, y así el Provincial Villalba, en la carta que dirige al P. General el 27 de septiembre de 1586, informa de la voluntad del Cardenal, quien da por hecho la fundación de un colegio en Monforte de Lemos. Sus buenas relaciones con la Compañía, a la que ha ayudado en los colegios de Jerez, Écija y Sevilla, y los potenciales cargos eclesiásticos, Inquisidor General y Primado de España, a los que se pensaba que llegaría, van a permitir que la fundación se haga realidad.

Antes de que se terminase el siglo XVI, la Compañía de Jesús fundó en Galicia un nuevo Colegio de singular importancia, en Monforte de Lemos, que se añadía a los de Monterrey y Santiago.

Es interesante aludir a las semejanzas y contrastes entre Monterrey y Monforte. Uno y otro fueron promovidos por las dos Casas nobiliarias más poderosas de Galicia, que quisieron llevar a los jesuitas a la capital de sus Estados, hecho que ratifica el cariz aristocrático de la primitiva Compañía. En Monterrey, el artífice fue el III Conde. En Monforte, un retoño de la ilustre Casa de Lemos. El Colegio de Monterrey, que nace casi cuarenta años antes, va a sentir celos de la aparición del de Monforte, a pesar de la distancia.

Tanto en uno como en otro, los patronos perpetuos serán los titulares del Condado respectivo. Los dos tienen entre sus objetivos estas características: la de estar abiertos a alumnos de todo el Reino de Galicia y la de ayudar a los que quisieran ser bien fundados en la carrera clerical. El de Monforte es, entre todos los Colegios gallegos, el que mejor se conserva en su espléndida belleza arquitectónica; el de Monterrey es el único en que no quedó piedra sobre piedra. Ambos fueron Colegios rurales y no urbanos.

## EL FUNDADOR, DON RODRIGO DE CASTRO

Doña Beatriz de Castro, hija única de don Rodrigo Enríquez de Castro, fue la III Condesa de Lemos. Contrajo dos matrimonios en su vida: el primero en 1502, con don Dionisia de Portugal, hijo del duque de Braganza. De este matrimonio nacieron nueve hijos. El primogénito, don Fernando Ruiz de Castro, fue el IV conde de Lemos y primer marqués de Sarria. Muerto Don Dionisia, doña Beatriz se casó de nuevo en 1516, esta vez con un pariente suyo, don Álvaro Osario, hijo del famoso Obispo de Jaén, don Luis Osario. Del segundo enlace, doña Beatriz, mujer prolífica además de hermosa, tuvo otros cinco hijos. Uno fue doña Ana de Castro, que había de protagonizar un ambiguo y polémico enlace matrimonial con don Luis Colón, duque de Veragua y nieto del descubridor de América. Otro hijo fue don Rodrigo de Castro Osario, el fundador del Colegio de Monforte.

La condesa falleció en noviembre de 1570, nonagenaria, y fue sepultada con sus dos maridos en el convento franciscano de Monforte, desaparecido por completo tras la desamortización del siglo pasado. Hay una polémica un poco bizantina acerca del lugar en donde nació su hijo don Rodrigo. El P. Risco, Murguía, Amor Meilán y Germán Vázquez opinan que fue en Monforte. Otros, sin embargo, creen que en Valladolid, en donde su madre tenía casa y huerta. Cotarelo sintetiza ambas posturas al decir que nació en Valladolid, hallándose ocasionalmente allí su madre por razón de unos pleitos. Lo que nadie discute es la raíz profunda de su idiosincrasia gallega y monfortina, que él mismo confesó en todo momento.

Sería largo e inútil evocar aquí ni siquiera los rasgos principales de su vida, sobre todo porque Cotarelo Valledor le dedicó ya una espléndida y casi exhaustiva biografía.

Don Rodrigo, nacido en marzo de 1523, salió de su palacio de Monforte a los dieciocho años, para ir a estudiar a la Universidad de Salamanca. Allí cursó ambos Derechos y «fue uno de los felices ingenios que tuvo aquella gran madre de tantos hijos ilustres», según afirma González Dávila. En 1545 fue elegido Rector de la Universidad. Por este tiempo, un medio hermano suyo, don Pedro de Castro, con el cual llevó una relación verdaderamente fraterna, fue nombrado obispo de Salamanca.

Al servicio casi siempre de Carlos V y de Felipe II, don Rodrigo fue también un incansable viajero, dentro de España y por Europa, lo cual le convirtió en un conocedor directo y privilegiado de la realidad política y religiosa de la Cristiandad. Ya a una edad tardía -treinta y seis años- pensó en la carrera eclesiástica, tal vez atraído por su hermanastro don Pedro (que había pasado de la sede de Salamanca a la de Cuenca). Su preparación inmediata para el sacerdocio fue muy rápida, puesto que en 1559 recibió la ordenación. Le fueron asignados, como renta, media docena de beneficios de los que eran presenteros los condes de Lemos, situados en la zona orensana de Castro Cadelas o cerca de Monforte. El mismo año de su ordenación, su hermano le hizo chantre de Cuenca. En 1573 fue nombrado obispo de Calahorra, pero al quedar vacante la silla de Zamora, solicitó ésta, sin tomar posesión de la primera.

Cinco años más tarde pasó a la de Cuenca, entonces una de las principales mitras de España, que conocía bien por haber pasado allí unos años felices. En 1582, Felipe II premió sus servicios proponiéndole para la diócesis de Sevilla, la más importante de España, después de la de Toledo. Era la última etapa de su vida y de su carrera clerical. Le faltaba el cardenalato, que le otorgó Gregorio XIII al año siguiente.

Gobernó espiritualmente la complicada sede hispaleense durante diecisiete años. A ella llevó, para que le ayudasen o sirviesen, a muchos paisanos suyos, de tal suerte que, según Gándara, Murguía y Cotarelo, no sería inverosímil que en la Curia sevillana se dialogase con frecuencia en lengua gallega. Con mayor o menor imparcialidad, la labor de don Rodrigo en Sevilla fue encarecidamente exaltada por los que le conocieron, y parece que no les faltaba razón.

Don Rodrigo estaba introducido en los más altos ambientes de la Sociedad española de su tiempo. Emparentado con las familias reales de España, Portugal e Inglaterra, asistió a los cuatro matrimonios de Felipe II. La cercanía al trono le hizo tomar parte directa en los dos más célebres procesos del siglo XVI: el del arzobispo Carranza y el de Antonio Pérez. Cuando en 1559, la princesa doña Juana, Gobernadora del Reino, trató de prender al arzobispo toledano, en Torrelaguna, pensó en don Rodrigo, tío suyo, consejero de la Inquisición y persona de gran confianza.

Otro aspecto típico del arzobispo radicó en su afición por los libros, por la cultura y por el arte. Era lo que hoy llamaríamos «un espíritu refinado». Y en esta línea hay que incluir su aguda faceta como protector de artistas. La lista sería interminable, pero cabe citar a músicos como el salmantino Francisco Salinas; pintores, como Francisco Pacheco, el suegro y maestro de Velázquez o el retratista Sánchez Coello; escritores, como Gonzalo de Argote, Fernando de Herrera y Luis Vélez de Guevara; teólogos, como los jesuitas Molina y Suárez; oradores como el dominico fray Alonso Cabrera; arquitectos, como Vermundo Resta, Andrés Ruiz o Juan de Tolosa. Y sin saber que ayudaba a una figura cimera de las letras españolas, levantó en Sevilla la injusta excomunión a un antiguo y maltrecho soldado, que se llamaba Miguel de Cervantes.

Hacia el fin de su vida, en 1596, Felipe II le otorga el último privilegio, nombrándole miembro del Consejo de Castilla, cargo que ratificó poco después su hijo Felipe III. Don Rodrigo acompañó a este último a Barcelona en la brillante comitiva que iba a recibir a Margarita de Austria, prometida del monarca. El anciano arzobispo (setenta y cinco años) abandonó Sevilla y emprendió el largo viaje. El séquito que llevaba era uno de los más ostentosos, y, al darle a entender que lo moderase, respondió «que no sabía qué tuviese de superfluo en tal ocasión un cardenal arzobispo de Sevilla y de su sangre».

Esta respuesta refleja bien el carácter y la línea de actuación de don Rodrigo. Hombre de su época, es decir del Renacimiento, engrandecido por su cuna, exaltado por categorías políticas y eclesiásticas, el arzobispo se desenvolvió espontáneamente en los ambientes de lujo, poder y honores. Con todo esto, se compaginaba en él una preocupación por la cultura y el arte y también por el bienestar de sus prójimos, para los cuales estableció una serie de obras populares, que era una manera de devolver a la Sociedad lo que ésta tan generosamente le había proporcionado.

Así sucedió en su fundación de Monforte. A este tipo de hombres de Iglesia, fuertemente laicizados, perteneció el cardenal Rodrigo de Castro.

## LA FUNDACION

Desde antiguo había tenido contacto don Rodrigo con la Compañía de Jesús, y fue uno de los muchos cortesanos o miembros del alto clero que tomaron partido a su favor. La primera noticia que conocemos de su acercamiento a los jesuitas data de abril de 1570, cuando el rey Felipe II visitó Córdoba con un séquito en el que figuraban el arzobispo Castro y el cardenal Diego de Espinosa. Un jesuita de aquel Colegio cordobés leía con tanta celebridad una lección de Teología que el mismo Rey y sus acompañantes iban a oírle, pero el que lo hizo más asiduamente fue «don Rodrigo de Castro, del Consejo de la Inquisición», como testifica una carta de la época.

Sin embargo, parece obvio que, antes de esta fecha, tratase el arzobispo con los jesuitas, no sólo en España sino fuera de ella, pues tanto la Compañía como él defendían ardientemente la causa contrarreformista. Sabemos, por ejemplo, que su hermano don Fernando Ruiz de Castro, cuando fue embajador de España ante Paulo IV -en el período de 1554 a 1558- se hizo acompañar de don Rodrigo, y en Roma fue amigo y protector de san Ignacio y luego de su sucesor, el P. Diego Laínez: amistades que, a buen seguro, compartía don Rodrigo. Es verosímil, asimismo, que en Valladolid hubiese conocido y tratado a san Francisco de Borja, como todo buen cortesano. Y siendo obispo de Cuenca, en octubre de 1579, presidió los comienzos del Colegio de la Compañía, según cuenta Alcázar.

No obstante, donde tuvo unas relaciones más amplias y profundas con los de la Compañía fue en su archidiócesis de Sevilla. Desde 1554 tenían allí los jesuitas un Colegio y establecieron después una Casa profesa. A poco de tomar posesión de su sede, visitó la profesa el arzobispo, donde fue recibido con casi barroca solemnidad. Se celebró en su honor una comedia colegial, en cuya despedida se decía al prelado:

“La miel del panal dulce y regalado quien guarda la colmena la merece.  
Coged el fruto, desquilad la lana y castrad, Castro, la colmena ufana”

Todavía hay memoria de otra visita a la Casa profesa el I de enero de 1594 para celebrar con los jesuitas su fiesta titular. Apoyó también generosamente el Colegio de ingleses, dirigido por la Compañía, y prestó su valiosa ayuda a otros como el de Jerez y Écija. El P. Gil González Dávila, junto con el portugués P. Fonseca, le visitaron en 1594, para buscar su influencia en los problemas que la Compañía tenía con la Inquisición. Y reconocen, en carta al P. General, que la Compañía le debía mucho *«porque en todos estos negocios ha hecho y hace oficios relevantes con tantas veras y con tanta libertad ... que se le debía reconocer de las personas más confidentes de esta Corte para nuestras cosas»*. La gradual aproximación y confianza hacia la Compañía culminó en 1597, cuando el cardenal dio su poder al P. Esteban Ojeda -Superior de la Casa profesa de Sevilla- para que fuese a Roma a hacer en su nombre la visita «ad limina».



Dice Cotarelo que fue en Sevilla, en estos encuentros con los jesuitas, al ver cómo levantaban la magnífica fábrica de la Casa profesa y al comprobar el fruto que conseguían en el Colegio, cuando nació en don Rodrigo la idea de que él podía hacer algo semejante en beneficio de sus gentes gallegas. Es verosímil que así sucediese. Valdivia se limita a afirmar que deseando el Cardenal «quitar las tinieblas de la ignorancia y dar luz sana y abundante doctrina a todo el Reino de Galicia y en especial a las tierras del conde de Lemos, trató de fundar un Colegio de la Compañía de Jesús, *que fuese seminario universal de la juventud de Galicia*. Y comunicó estos sus deseos e intentos a nuestro Padre General Claudia Aquaviva, ofreciendo 1.500 ducados de renta, al principio, para esta fundación».

Nada menos que siete años antes de hacer la fundación, manifestaba ya don Rodrigo su propósito de llevarla a cabo, como dice el Provincial, P. Villalba, al P. General el 27 de septiembre de 1586:

“El Ilustrísimo de Sevilla creo habrá pedido a V. P. la fundación de un Colegio en Monforte de Lemos. Tiénela por tan cierta que la concederá, que ha hecho que el P. Gil González (Asistente de España) me escribiese que los Nuestros, yendo por allá de misión, viesan el sitio que, en el lugar, más les agradaba. Y ha escrito también a su sobrino el conde de Andrade, señor de aquel lugar, que les ayudase, para que pudiesen hacer sus ministerios sin título ninguno más que iban a misiones”.

A continuación, demostrando el poder acomodaticio de la Compañía, el Provincial sugería la gran conveniencia de satisfacer los deseos del arzobispo, pues era muy probable que llegase a ser pronto Inquisidor general. Se sobreentiende que, si ocupase aquel cargo, podría ayudar decisivamente a la Compañía española en el tremendo lance porque estaba atravesando ante el Santo Oficio, originado en el Colegio de Monterrey.

No sabemos si los jesuitas fueron a dar misión a Monforte y a escoger sitio para el futuro Colegio, como deseaba el Cardenal. Sí es cierto que éste no llegó nunca a Inquisidor general. En todo caso, el P. General, en Roma, estudiaba la propuesta de don Rodrigo, una vez que éste anunció las cifras concretas con que pensaba respaldar la fundación. Por entonces, Aquaviva tenía preparada la nueva Fórmula para aceptar Colegios, que era muy necesaria. Preveía tres tipos: *Colegio menor*, con renta para 40 jesuitas; *Colegio medio* para 60, y *Estudio general* para 100 como mínimo. El Cardenal ofrecía, para un Colegio con Escuela de niños, Gramática, Artes y Teología moral, una renta de 1.500 ducados y 8.000 para la fábrica.

El P. General reconocía que, con aquella dotación, no se podía cumplir ni con el nivel mínimo de exigencia, que eran los 40 jesuitas. Sin embargo -escribía al Provincial en agosto de 1592- «como lo que la Compañía debe al señor Cardenal es tanto no se ha de reparar con su Ilustrísima en eso, y haciendo su Ilustrísima la donación que dice, V. R. lo podrá aceptar con la bendición del Señor».

Las metas excesivas que había señalado Aquaviva para la creación de nuevos Colegios, juntamente con su actitud posibilista y flexible frente a los grandes personajes, le llevaron a hacer numerosas excepciones como vimos que ocurrió en

Monterrey con el V Conde. Y como ocurre ahora en Monforte -sólo dos años más tarde- cuando los favores y la presencia del poderoso cardenal de Sevilla consiguieron que el P. General dejase expedito el camino para la fundación, aun siendo tan disonante con las leyes que él mismo había elaborado.

En octubre de 1592 le contestó el Provincial, P. Galarza, con gran satisfacción por la aprobación dada: y le dice que, aunque no se ha hecho las capitulaciones, estaba dispuesto a que se pusiese la primera piedra y se iniciasen las obras. «Si el Cardenal no pide capítulos o condiciones para Monforte, no hay qué capitular, sino tomar la donación que él hiciere, *que así se ha hecho con los reyes y otros*. Pero si pide capitulaciones o condiciones, vea los que pide y envíenos, para que se vean acá y se confirmen».

Así pues, hacia fines de 1592 estaba todo a punto para iniciarse el Colegio de Monforte, que resultaba un caso extraordinario puesto que se iniciaban las obras antes de que se hubiese firmado ninguna escritura de fundación, que era lo normal. En diciembre, el mismo P. General sancionaba este planteamiento: “Bien hace el cardenal de Sevilla en dar prisa a la fábrica de Monforte, pues así parece necesario para verla él acabada. La Compañía le está en mucha obligación, así por lo que hace como por la voluntad que muestra. Recomiendo a V.R. que, con toda brevedad, se hagan las escrituras de fundación”.

La realidad se había adelantado a la legalidad. Por mandato de don Rodrigo, el VI Conde de Lemos (su sobrino don Fernando Ruiz de Castro) había comprado un amplio solar, operación culminada a comienzos de 1592. El Cardenal encomendó simultáneamente los planos, que debían estar ya terminados en el verano, pues entonces es cuando, con el poder y en nombre de don Rodrigo, sale de Sevilla para Galicia el canónigo tesorero don Alvaro de Losada y Quiroga, con el fin de contratar maestros y oficiales, que levantasen colegio e iglesia. La subasta tuvo lugar a principios de octubre en el convento franciscano de San Antonio, ante un grupo nutrido de canteros que habían acudido a la convocatoria.

## EL COLEGIO DE MONTERREY, EN CONTRA

Aunque parezca mentira, el primer enemigo serio que tuvo el Colegio de Monforte fue su colega fraterno, el Colegio de Monterrey. Tal vez influyó en la escaramuza la tirantez existente entre la Casa de Monterrey y la de Lemos por un sonado pleito que se traían desde principios del siglo XVI. Lo cierto es que don Gaspar de Acevedo, V Conde de Monterrey, al enterarse de que en Monforte se estaba tratando de levantar otro Colegio de la Compañía, escribía al P. General, pidiéndole «que el Colegio de Monforte no perjudicase a los Estudios generales de Monterrey».

La respuesta del P. General fue lógica y cortés: «Habiendo la Compañía aceptado ya la fundación del Cardenal -le dice el 15 de marzo de 1593-- no puede ponerse tasa ni limitación, ni sería justo. Ni vemos tanto peligro en que haya este impedimento. La Compañía, en la fundación de un Colegio, no puede perjudicar a otro ninguno, ni a su fundador. Pero siendo tal el Colegio de Monterrey, no le perjudicará otro ninguno de

los que se pudieren hacer en el contorno».

Mientras tanto, las cosas en Monforte estaban a punto. En abril de 1593, el Provincial informaba a Aquaviva con inusitado optimismo: «El Colegio de Monforte será cosa de mucha substancia. Comiéndase luego la obra y *hácese como cosa del Cardenal, en cuanto sufre nuestro modo*. Si Dios le da vida, se acabará en dos o tres años, porque se da gran priesa y, aunque no se la dé, confío será lo mismo. Tiene ya allí 30.000 ducados y más, para este efecto. Y ganados los consensos de los abades, dará 2.000 ducados de renta de pensiones a aquel Colegio, lo cual en breve tendrá efecto.

Como se ve, don Rodrigo había decidido elevar la renta primitiva en 500 ducados. El Provincial, tras afirmar que en Monforte estaban ya dos Padres y un Hermano de la Compañía, añadía que esperaba verse en breve con el Cardenal, en el viaje de éste a Monforte, y concertar la escritura fundacional. «y es cosa maravillosa - concluye- la afición que a su Colegio tiene y la ansia de verle, y dicen que todo es hablar de esto».

#### EL CONTRATO DE MADRID. «SERA GRAN COLEGIO ESTE»

Efectivamente, don Rodrigo salió de Sevilla para Madrid el 22 de mayo, con el propósito declarado de peregrinar a Santiago «y por otras causas graves y urgentes que le mueven y obligan a hacer dicha ausencia y camino». Entre las citadas causas, una era, sin duda, firmar la fundación del Colegio e inspeccionar sus comienzos. El Provincial, enterado a mediados de junio, de que el Cardenal había llegado a Madrid «camino de Monforte», se pone rápidamente en camino para suscribir el acuerdo.

En poco tiempo estuvo a punto la escritura, que se firmó el día 11 de julio de 1593. Después de un solemne preámbulo, el Cardenal fijaba las condiciones, de las cuales éstas eran las esenciales:

La Compañía se compromete a *enseñar perpetuamente* a leer y escribir, Gramática y Retórica y Artes «a todos los niños y personas que lo fueren a aprender y oír, sin les pedir ni llevar por ello intereses ni otra cosa alguna». Recomienda el fundador que se lea además una lección de Teología moral. Nombra como patronos del Colegio, perpetuamente, a los condes de Lemos, empezando por el que lo era, don Fernando Ruiz de Castro.

El Colegio no podía comprar ningún tipo de bienes raíces en todos los Estados de la Casa de Lemos. La razón de esta curiosa cláusula era que, dado que los jesuitas, por un privilegio, no pagaban el diezmo parroquial, si poseían bienes agrícolas, redundaría en perjuicio notable de los párrocos. Como única excepción, se les permitía la compra de una casa de recreo con su huerta y viña.

El Cardenal deja al Colegio *la renta* de algunos beneficios eclesiásticos, que le produzcan 2.000 ducados anuales. Mientras esas anexiones no se consiguen, don Rodrigo entregará al Colegio una cantidad equivalente sobre las rentas que él tenía situadas en partes ciertas y seguras.

Hace donación, asimismo, de todo el sitio donde ya se está construyendo el Colegio, con la casa donde viven provisionalmente y con la plaza que la villa de Monforte le había concedido, delante de la obra.

- Regala *las reliquias* que se enumeran «para que las pongan en el sagrario que se hace en la capilla mayor del dicho Colegio, que ha de ser mi entierro». A continuación, se relata una larga y valiosísima lista de 60 reliquias y el sitio donde se encontraban. La primera y más importante era «un pedazo del lignum crucis, guarnecido de oro con cuatro piedras rubíes y con quince perlas». Le seguía en devoción y valor «una espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo ... en un viril guarnecido de oro».

El Provincial, P. Gonzalo Dávila, aceptó la concordia en nombre del P. General. El Colegio hacía el número 21 de las Casas fundadas ya en la provincia de Castilla. Poco después, el Provincial comunicaba la buena nueva a Aquaviva: «Habrà ocho días que se otorgó lo de Monforte por el Cardenal y lo acepté. Da 2.000 ducados de renta. Va haciendo el edificio a su costa. *Si Dios le da vida, será gran Colegio éste.*»

El P. General encontró en el contrato un escrúpulo, frecuente para los módulos de pobreza que entonces tenía la Compañía. No podía comprometerse ésta con «obligación civil» a leer la Teología, a no ser en las Universidades. Don Rodrigo facilitó la solución jurídica y Aquaviva aceptó solemnemente la fundación monfortina el 21 de octubre de aquel mismo año.

#### PRIMERA GRAN CRISIS. SE PIENSA EN DEJAR EL COLEGIO

Acosado por problemas económicos, gastado por la edad y rodeado de algunos consejeros que no miraban bien tanto dispendio en Monforte, el Cardenal no acababa de cumplir sus promesas económicas. La Compañía, que usaba un estilo suntuoso y sumiso ante sus ilustres fundadores, poseía, por otro lado, un consistente pragmatismo, que la ponía nerviosa si los ofrecimientos de aquéllos no descendían a la realidad. Y así, a mediados de febrero de 1595, el Provincial, P. Dávila, escribía al General que:

«lo del Colegio de Monforte del cardenal de Sevilla va despacio, que por ahora no se prosigue la obra por falta de dinero, pues quedó muy gastado de la jornada (a Galicia) y no puede vender los frutos del arzobispado. El muestra tener buen deseo de proseguirlo y confío no tardará».

Seguía diciendo que el fundador todavía no había entregado «los 2.000 ducados que ofreció en juros, aunque los tiene comprados» y que los que andaban a su lado pretendían diferir aquella operación. Aunque el Provincial tomaba una actitud contemporizadora ante la ambigua actitud, (porque en esto no se puede apretar so pena de perder mucho, que se puede esperar de esta fundación), no todos los jesuitas opinaban así y hubo un intento, por parte del Provincial mismo, de sacar de Monforte los estudios, empezando por el que era columna de ellos, el P. Diego García, maestro de mayores. Estas noticias llegaron a oídos del propio don Rodrigo, junto con la de que los jesuitas estaban allí de mala gana. Respondió sencillamente: «Vive Dios que estoy por dejarlo todo y traer aquí otros religiosos».

Aporta estos y otros datos el Rector del Colegio, P. Gómez de Robles, en un largo documento de marzo de 1595 en que hace una vibrante defensa del Colegio y de los óptimos frutos que ya empezaba a recoger. Agrega que el Cardenal iba dando 1.000 ducados anuales de renta, aunque había prometido el doble, pero que ya había gastado en la obra 14.000 ducados más de lo previsto. Enterado de esta crisis, el P. Aquaviva respondía así al Rector:

«No creo que nadie tratará de quitar de ahí los estudios que, por mandato del Cardenal se pusieron, ni yo lo permitiría nunca, y así se lo digo al P. Provincial. La obligación de la Compañía para con el Cardenal es de tal manera que, cuando Su Ilustrísima no hubiese dado nada a ese Colegio, los beneficios que en otras cosas nos ha hecho bastaban para acudir en todo a su servicio y gusto» todavía el juro de los 2.000 ducados de renta, pero que enviaba cada año una cantidad suficiente para sustentar a los 16 jesuitas que vivían en Monforte, y que gastaba mucho más en la prosecución de la fábrica. Cuando, aquel año, envía a Roma en su nombre al Superior de la Casa profesa de Sevilla, le encarga entregue al P. General una carta en la que le decía: «El Colegio y estudios de Monforte van en gran acrecentamiento, como de todo dará cuenta a V.P. el P. Maestro Hojeda, y del cuidado que tengo de socorrer a aquella fábrica a fin de que no se alce la mano hasta que se acabe, que es lo que más deseo ver en esta vida».

La crisis parecía, pues, superada. Pero había detectado el comienzo de un problema que nunca se resolvió, como fue la desproporción entre la base económica real y el grandioso proyecto de edificio y fundación que había concebido el Cardenal.

### EL TESTAMENTO DE DON RODRIGO

Mientras tanto, el fundador se decidía a plasmar en un testamento sus últimas voluntades, para lo cual disponía de sendos Breves papales que le permitían disponer de su hacienda. Lo terminó de redactar de su puño y letra el 12 de agosto de 1598, y las cláusulas principales se dirigían hacia la fundación monfortina, como las siguientes:

- *Sepulcro*. Ordena que su cuerpo «sea sepultado a la mano del evangelio del altar mayor de la iglesia, haciendo y edificando para ello un arco bien labrado, en el cual se ponga una estatua de bronce a mi semejanza, la cual he mandado hacer para este efecto en la ciudad de Florencia y ahora se ha traído y está en mi poder». (Como pauta, el pintor y escultor Francisco Pacheco modeló en barro su cabeza y la envió a Florencia, donde Juan de Bolonia, escultor de los Médicis, fundió en bronce la bella estatua que todavía se conserva).

*Continuación de las obras*. Reconoce que «la fábrica y obra va muy adelantada», por lo cual manda que «si yo falleciere antes de que la dicha obra fenezca, se haya de acabar y ponga en toda perfección según e por la traza, orden e forma que se ha comenzado y se va prosiguiendo».

- *Nombre del Colegio*. Reitera lo ya establecido en el prólogo de la escritura

fundacional: «de la manera que yo lo tengo tratado con dichos Padres, ha de tener nombre y advocación de *Nuestra Señora de la Antigua*, y así en el altar mayor de la iglesia de dicho Colegio se ha de poner una imagen que hice sacar del natural de la que está en la capilla de Nuestra Señora de la Antigua de esta dicha santa iglesia (de Sevilla) a la que tengo particular devoción».

- *Renta*. Ratifica también que tiene «comprados y adquiridos dos mil ducados de renta y juro perpetuo sobre las alcabalas de la ciudad de Orense y su tierra ... los cuales es mi voluntad que queden aplicados perpetuamente por dote, patrimonio y alimentos del dicho Colegio».

*Capilla de las reliquias*. Ordena que en la iglesia se haga una capilla y relicario a la mano izquierda del altar mayor o en otra parte que pareciere a los testamentarios «en la cual se coloquen e pongan las reliquias que yo tengo e irán abajo declaradas». Una muestra curiosa de la veneración crédula que el espíritu contrarreformista confería al culto de las reliquias puede darlo la ingenua enumeración de éstas, que lega al Colegio don Rodrigo en su testamento.

*Biblioteca*. «Item, mando al dicho Colegio toda mi librería así de Teología como de Cánones, Leyes, Historia y Medicina y otras cualesquiera ciencias y facultades ... y para ella se halla en dicho Colegio una pieza en que se pongan todos los dichos libros».

- *Capilla privada*. Regalaba asimismo «toda mi capilla, plata, ornamentos y libros que en ella se hallaren». Exceptuaba algunas piezas como las cruces pectorales y los anillos.

- *Retablo para el relicario*. Quería que en la citada capilla de las reliquias se colocase «un retablo que yo tengo en mi oratorio donde se suele decir misa de ordinario ... en el cual hay siete tableros de iluminación». Tras describir estos tableros (que correspondían a escenas evangélicas) ordenaba que, a los lados, se pusiesen «cinco imágenes que yo tengo, guarnecidas de nogal, en parte doradas, todas de un tamaño», representando a san Pedro, san Juan Bautista, santa Inés, santa Catalina y santa Margarita.

- *Otros cuadros para los altares laterales*. Manda que otras ricas imágenes suyas se destinen a las capillas de las naves laterales del templo, a saber: san Miguel, san Lorenzo, Nuestra Señora con el Niño, san Juan, Nuestra Señora con las santas Justa y Rufina a los lados y otra de san Francisco, «que tiene una calavera en las manos y a los pies su compañero».

- *Hereder universal*. «y cumplido y pagado todo lo contenido en este mi testamento... en el remanente de todos mis bienes muebles, derechos y acciones que yo tengo e poseo, dejo instituido por mi hereder universal al dicho Colegio de Nuestra Señora de la Antigua de la Compañía de Jesús de la villa de Monforte de Lemos».

- *Tres obras pías*. Después de tanta generosidad, don Rodrigo imponía al Colegio



la realización de estas tres cargas singulares: a) la compra de 600 ducados de renta anual para ayudar al matrimonio de doncellas pobres, una vez terminado el edificio; b) en este mismo supuesto, la fundación en la villa de un convento de 33 monjas con una renta de 1.000 o 1.500 ducados; e) si no quedase tanta renta, pero sí al menos 500 ducados, se instituyese con ellos un Colegio de estudiantes pobres, cuyos patronos fuesen el Conde y el Rector de la Compañía (como no se cumplió la citada condición para estas obras, no pudieron llevarse a la práctica).

*Testamentarios.* Nombra como tales al VI Conde de Lemas y sus sucesores y a cinco canónigos de Sevilla.

El testamento en sí constituía una muestra innegable del gran interés y devoción que el Cardenal sentía hacia su fundación, un caudal importante de datos sobre algunos aspectos de ella y una demostración del refinamiento, gusto artístico y amplia cultura del fundador. Valdivia nos da la noticia de que, poco después, hizo al Colegio «otra donación de un precioso crucifijo de raro artificio y valor, el cual había sido del Papa Sixto V. y parecía que este príncipe no pensaba siempre en otra cosa que en el aumento de este su Colegio».

La Compañía y sus miembros eran conscientes de la identificación de don Rodrigo de Castro con los objetivos de la Orden y en particular de su inusitada magnanimidad en el Colegio de Monforte. Prueba de ello es que, por esta época, los dos teólogos más famosos de la Compañía le brindaron un tomo de sus obras. Fue el primero el conquense *P. Luis de Malina*, que en 1597 ofrece al Cardenal el segundo de sus seis volúmenes «De iustitia et iure». Al año siguiente, el *P. Francisco Suárez* le dedica el tercero del «Comentario de la Summa de Santo Tomás».

En ambos casos hay una larga y expresa mención a la fundación monfortina, como fundamento principal de los lazos que unían a la Compañía con el Cardenal.

## EL CARDENAL ACLARA LAS CONDICIONES ECONOMICAS

El paso del tiempo y la reflexión sobre su propia hacienda y sobre la magnitud palpable que iba tomando la obra de Monforte, movieron a don Rodrigo a volver sobre las condiciones económicas de la fundación en un prolijo documento de abril de 1600, en el que empieza reconociendo, en tono defensivo, que, hasta el momento, había entregado generosamente las cantidades prometidas al Colegio y a su fábrica. Queriendo cumplir para siempre con la promesa, le otorga y adjudica por fin el juro de 2.000 ducados de renta anual, cuyo principal era de 36.000 y que le había concedido el Rey el año 1594-, pero le pone una serie de cargas y condiciones como estas dos: primera, que la renta sería cobrada y administrada por el Cardenal mientras viviese; segunda, que, si a la hora de su muerte no hubiese dejado bienes expresamente dedicados a terminar la fábrica, los jesuitas deberían destinar a ese fin la mitad de la renta.

Por otras cláusulas, les levantaba el veto de comprar bienes raíces en el condado de Lemos, pero les imponía otros nuevos, como el de llevar a otra parte las reliquias, o mudar de sitio el Colegio, o emplear sus rentas en otra Casa de la Compañía.

En caso de no cumplir alguna de las condiciones, los patronos quedaban facultados para aplicar los bienes de la fundación a otra religión.

Este documento, lejos de ser «una nueva dotación del Colegio» como afirma Cotarelo, representaba un recorte y un peligro potencial hacia el futuro, por lo tocante a la aplicación de algunas cláusulas, si se las compara con las de la escritura de fundación. El rector, P. Diego García, trató el grave problema con el Provincial en Valladolid y allí firmó la aceptación que exigía el Cardenal, pero con una fórmula hábil en que las últimas condiciones se entendían conforme a la primera capitulación y no en lo que pudieran tener de disminución de ella.

### MUERTE DEL FUNDADOR

Apenas tuvo tiempo don Rodrigo para reaccionar. A los cuatro meses, el 17 de septiembre de 1600, encontrándose a la mesa, sufrió un desmayo que le dejó inconsciente. Al día siguiente recibió los sacramentos y a medianoche entregó su alma a Dios. Estando en plena agonía, se presentó en su cámara uno de sus testamentarios y, alegando que el Cardenal se hallaba desahuciado y se necesitaban dineros para el funeral, tomó las joyas de cierto cofrecillo de ébano, cuya llave guardaba Su Eminencia en la escarpela: un hecho significativo de la depauperación a que habían llegado, al final, las grandes riquezas de don Rodrigo de Castro.

En el Colegio de Monforte, la triste noticia de su desaparición produjo sincero dolor. Las Annuas relatan la solemnidad y duración de los funerales que se le hicieron. Fueron nueve días seguidos en que vinieron cantores de la catedral compostelana y muchos jesuitas de Monterrey y Santiago. Actuaron los franciscanos y los benedictinos de la villa con los Padres del Colegio. Hubo cada día un sermón, recordando la vida y generosidad del Cardenal. El primer día corrió a cargo del obispo de Lugo y el último lo tuvo el P. Francisco Labata, ex rector de Monterrey, que representaba al Provincial de Castilla.

El cuerpo de don Rodrigo fue sepultado el 20 de septiembre en la catedral de Sevilla, en un sepulcro provisional en la capilla de la Antigua. Contaba al morir setenta y siete años. Los retratos que de él se conservan -uno de ellos en Monforte, encargado por los jesuitas en el siglo XVII -confirman que el Cardenal era «alto de cuerpo, enjuto de carnes, serio de rostro, dulce de mirada, grave de movimientos... y, como todos los eclesiásticos del tiempo, llevaba la barba en punta y el pelo corto».

### TRASLADO DE LOS RESTOS A MONFORTE

Don Rodrigo había dispuesto en el testamento que, si moría de Sierra Morena para abajo, se le enterrase en la catedral sevillana y que, después, su cuerpo fuese trasladado, lo más brevemente posible, a la iglesia del Colegio monfortino. Las obras de ésta experimentaron, para poder acogerle, un ritmo acelerado durante tres años, y las naves se alzaron hasta el nivel de la cornisa. Pero cuando llegaron los despojos del

Cardenal -5 de noviembre de 1603- faltaba por hacer la cabecera del templo, que es donde fue enterrado más tarde y en donde actualmente permanece, como había ordenado. Por eso, creemos que, de momento, fue puesto en una tumba provisoria hasta que, unos años más tarde, se terminó la iglesia, (1619) y uno de los días de su consagración se dedicó a la memoria y sepultura del Fundador.

El poeta Luis de Góngora, que por aquellos años pasó por Monforte, iba a hacer una bella glosa de la iglesia del Colegio como lugar de reposo de don Rodrigo:

Sacra erección de príncipe glorioso  
que, ya de mejor púrpura vestido,  
rayos ciñe de luz, estrellas pisa.

En el cenotafio de enfrente al de don Rodrigo, colocaron los jesuitas el cuadro de Nuestra Señora de la Antigua, que el Fundador conservaba en su oratorio privado de Sevilla. Es una réplica del original que se venera en la catedral hispalense. Los albaceas no redactaron ningún epitafio como el Cardenal había ordenado en el testamento.

En agosto de 1619, al consagrar solemnemente la iglesia, se exhumó el cuerpo del prelado y seguramente fue entonces cuando se le colocó en la tumba actual. La voluntad testamentaria de don Rodrigo era que su cuerpo fuese cubierto «de las vestiduras sacerdotales y pontificales más pobres y de menos precio que en mi recámara y capilla se hallaren, y puesto el palio según está ordenado en derecho».

Recientemente, el año 1942, en unas obras de limpieza que los escolapios (actuales usufructuarios del Colegio) practicaron en la iglesia, revolvieron la estatua sepulcral y dentro de la tumba pudieron comprobar la existencia de los despojos del fundador. Encontraron unos restos óseos de grandes dimensiones con las piernas dobladas hacia el pecho. Las ropas cardenalicias se conservaban en buenas condiciones. En las manos, los guantes y el anillo que, juntamente con un trozo del sudario, retiraron como recuerdo. El resto se colocó en su sitio, tal como estaba.

## UNA PESADA HERENCIA

Hasta el momento de la desaparición de don Rodrigo, el Colegio de Monforte había percibido «91.000 ducados poco más o menos, de los cuales se habían gastado en el edificio y costas 64.000 ducados». Así decía el catálogo económico de 1603. Valdivia, por su parte, calcula que, hasta el año 1599, el Fundador había consumido ya 40.000 ducados en la fábrica.

Fallecido don Rodrigo, su hacienda se vio sometida a un amplio acoso de acreedores por más de veinte años. El Colegio planteó y obtuvo ante el Consejo real que se le diese posesión de la herencia libre, como a legítimo heredero. Pero tuvo que luchar con la vorágine de múltiples acreedores, con los consiguientes pleitos por largos años, para sacar mucho menos de lo previsto. El citado «status» de 1603 sigue diciendo:

«Hay muchos acreedores contra la hacienda del Cardenal. Con algunos se ha

hecho concierto. Con otros se pleitea. Procura el Colegio se tase lo que es necesario para la obra, que pasará de los 90.000 ducados, y se le entregue todo lo que hay de bienes libres, que no parece llegará a los 60.000 ducados, para emplearlo y, con los frutos, pagar las condenaciones y acabar la obra. Y después, se le quede para aumento de la fundación».

Así pues, el Colegio pensaba recibir como heredero unos 60.000 ducados y, con sus réditos, tratar de terminar la ingente construcción y sacar algo, incluso, para aumentar la renta fundacional. Eran unos cálculos muy optimistas, por lo que tocaba a la fábrica. En 1607, el patrón, que por entonces era la figura prócer del VII Conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro, intervino intensamente en el problema y reconoció que la hacienda del Cardenal distaba de solucionar los problemas que le dejaba al Colegio, como llevar a su término la construcción del edificio. Discutida más a fondo la cuestión con el Rector, y «habiéndose hecho exacto cómputo por arquitectos peritos en el arte acerca de los gastos que serían forzosos en todo lo que falta de hacer para la perfección total de la fábrica de dicho Colegio», hallaron que serían 50.000 ducados más de los bienes que el Colegio recibiría como heredero de don Rodrigo.

Así estaban las cosas en estos momentos. Mientras tanto, los pleitos continuaban, sobre todo en Sevilla, en donde el Colegio tenía sus representantes. En 1612, el General P. Aquaviva, que desde Roma seguía atentamente las vicisitudes, comenta con el Provincial que la «negociación va muy a la larga y sería bien que se concluyese».

Es el último dato que poseemos acerca de los pleitos. El resultado final de ellos puede deducirse, indirectamente, de la lentitud desesperante con que fue procediendo la fábrica del Colegio hasta el momento de la expulsión (1767), época en que todavía quedaba una buena parte por hacer. Agravaba el problema la voracidad con que la Monarquía caía sobre los *juros*, que casi por completo formaban la hacienda del Cardenal.

Otro indicio fiable y elocuente lo constituye un memorial elevado por el Colegio al XI Conde entre los siglos XVII y XVIII, por el que consta que, después de tantas diligencias, disgustos y esperanzas, poseía, como heredero de la fundación y de los bienes libres de don Rodrigo, una renta anual de 5.127 ducados. De ellos, destinaba 2.000, según lo previsto, para sustentar a las personas, y el resto para las enormes obras, en la parte que la Hacienda real lo permitía.

## LOS CONDES DE LEMOS y SU PATRONAZGO

Los patronos de la fundación, por voluntad del Cardenal, serían perpetuamente los Condes de Lemos y su misión estribaba en *amparar, honrar y favorecer* al Colegio, como decía el testamento. No cabe negar que trataban de cumplirla, aunque en muchas ocasiones la entendieran de una manera muy peculiar.

## EL VI CONDE DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO Y SU ILUSTRE MUJER, DOÑA CATALINA DE ZUÑIGA y SANDOVAL

Don Fernando Ruiz de Castro dirigía la Casa cuando se creó el Colegio. Al desaparecer su padre, don Pedro Fernández de Castro «el Viejo», en 1590, el VI Conde tomó posesión de los Estados y tuvo ocasión de seguir de cerca las gestiones de su tío, el cardenal de Sevilla, para fundar el Colegio. En todo momento las secundó y fue él mismo el encargado de adquirir los magníficos terrenos en las afueras de la villa para alzar la obra.

Asistió en Madrid a la firma del convenio con la Compañía. Valdivia da de él A. J. G.: Monforte, carpeta 2. Bula de Paulo V, de 1613. Piénsese que lo que el Colegio pensaba recibir eran 60.000 ducados. Entre 1607 y 1614 hay constancia de que el Colegio fue comprando, por medio de varios juros.

El Cardenal confesaba en una carta de 1595 que «los Padres y Hermanos del Colegio se reconocen por muy obligados en agradecimiento a las mercedes que el Conde les hace».

### EL POLEMICO CASO DEL P. HERNANDO DE MENDOZA

Lo que más estrecha, aunque conflictivamente, iba a relacionar a los Condes con el Colegio y con la Compañía en general, fue el ruidoso caso del P. Hernando de Mendoza, hombre inquieto pero valioso, como muchos otros por aquellos tiempos. Su crisis ante la actuación oficial de la Compañía, le llevó a pedir la salida de ella en 1591, mas superó el bache y fue destinado primero al Colegio de Medina del Campo y después al de Monforte. «Bien lejos estaban (los Superiores) -dice Astrain- de imaginar que en este oscuro Colegio había de adquirir Mendaza el valimiento y fuerza necesarias para resistir al mismo General de la Compañía».

Parece, pues, que la oscuridad de Monforte era muy apta para encubrir y desterrar a los jesuitas revoltosos. En el catálogo de 1597, figura Mendoza como natural de Torrecilla de los Cameros (obispado de Calahorra) con treinta años de edad y nueve de jesuita. Había venido como profesor de Teología moral y sus ratos libres solía emplearlos en otros menesteres. «Tenía franca entrada en el palacio de los Condes - sigue escribiendo Astrain, escandalizado-- jugaba con ellos a los naipes y de vez en cuando se le vio acompañarles a caballo en las partidas de caza, que hacían en los contornos de Monforte. Una carta añade que, tal vez, salió el P. Mendoza con el arcabuz al hombro»

El jesuita era, oficialmente, el capellán de los Condes, cargo que la Compañía bendecía en casos semejantes y del que solía sacar buenos dividendos. El P. Mendaza llegó a ser una figura familiar y casi imprescindible en la casa de los señores de Lemos. Les acompañó a su palacio de Castro Caldelas cuando la peste sacudió mortalmente la comarca, aunque tuvo entonces un digno y sacrificado comportamiento, al regresar a Monforte para ayudar en el Colegio.

En el verano de 1599, al ser nombrado el Conde virrey de Nápoles, Mendoza le acompañó a él y a su mujer en calidad de confesor. El jesuita se desenvolvía a su gusto en los ambientes mundanos, pero prestaba también a los Condes valiosos servicios espirituales como capellán y consultor. En Nápoles, el conde don Fernando

se vio enfrentado con serios problemas administrativos, en los que el P. Mendoza le ayudó con sus buenas dotes de moralista.

Sin embargo, las quejas contra él se iban acumulando ante el General, P. Aquaviva, que envió a Nápoles al P. Vípera para que indagase la verdad de los fallos seculares que se atribuían a Mendoza. Interviene entonces nada menos que el Papa Clemente VIII, prohibiendo «por razones más altas» que se hiciesen nuevas indagaciones.

Esas razones, obviamente, se llamaban la Condesa de Lemas y su todopoderoso hermano, el valido del Rey de España. Hubo una segunda etapa del problema, que tiene por escenario a Valladolid, donde, a la sazón, estaba la Corte. Muerto el Conde en 1601 en Nápoles, doña Catalina regresó y puso casa en la ciudad castellana y brilló con luz propia. Allí recaló también el P. Mendoza. Para algunos, la Condesa era «señora de gran religión y exemplo con todo género de virtud y valor». Otros piensan que, por su estirpe y parentesco «fue la más poderosa e influyente señora de la Corte de Felipe III».

En Valladolid residían, además de Mendoza, algunos jesuitas de un talante similar al suyo, que causaron no pocos disgustos a los Superiores más estrictos y cerrados, como el célebre P. Luis de la Puente, Rector entonces del Colegio de San Ambrosio. Uno de ellos era el P. Gaspar Moro, gran amigo de Mendoza, muy amigo también y protegido de la Condesa y del cardenal de Sevilla, al cual había ayudado decididamente en la fundación monfortina.

El P. General, juzgando que la presencia de Mendoza en Valladolid era un serio perjuicio para la Compañía, determinó sacarle de allí. A pesar de los obstáculos, Aquaviva no cedió y mandó como delegado al Superior de la Casa profesa de Toledo para que le intimase la orden en virtud de santa obediencia. Aunque Mendoza la aceptó, enterado el Nuncio le prohibió obedecerla, a instancias de la Condesa y de su hermano el Duque de Lerma que «lanzaban fuego» contra la decisión del P. General. Tan tensas y calientes estaban las cosas, que los partidarios de Mendoza acudieron al Rey para que tratase de hacer venir a España al propio Aquaviva. Una de las razones que Felipe III le daba era la posibilidad de ofrecer una satisfacción a la Condesa de Lemas, ofendida contra él. El P. General respondió a esta acusación diciendo que era la Condesa la que estaba «ciegamente apasionada por el P. Mendoza».

Por entonces, cayó enfermo el P. Aquaviva y ello le libró de realizar aquel peligroso viaje a España que el mismo Clemente VIII estaba dispuesto a imponerle. Muerto el Pontífice, Aquaviva, en 1606, ordenó preparar un cuestionario de 34 preguntas -de cara a muchos testigos- en que se pasaba revista a toda la vida religiosa del P. Mendoza para poder tomar con él una determinación aparentemente respaldada. Pero no fue necesario, porque, al año siguiente, el Papa Paulo V dio una sorprendente solución al intrincado laberinto, nombrando al acusado obispo del Cuzco. Valdivia, contemporáneo de esos hechos, hace un cumplido elogio de él, diciendo que fue «un obispo santo y ejemplar, que gobernó su diócesis con gran celo, vigilancia y ejemplo, la dexó reformada en todo su casa era la primera en reformation». En 1617 terminó allí su agitada vida.



Aun sospechando que la decisión del Papa fuese más política que pastoral, resulta difícil entender que, si tan graves eran los defectos de Mendoza, le hubiesen elevado a una sede episcopal tan comprometida. Parece más ecuánime la postura de Valdivia, reconociendo también sus manifiestas virtudes, que la tendenciosa de Astrain, empeñado en condenar a todos cuantos disientían de una línea oficial y establecida. Por eso, tal vez, no dice nada del largo informe que Mendoza había presentado al Rey sobre *el estado de la Compañía* en que pasa detallada revista a los siete defectos capitales que entonces la aquejaban en España.

## EL VII CONDE, UNA FIGURA EXCEPCIONAL

El hijo mayor de don Fernando y de doña Catalina, don Pedro Fernández de Castro, les sucedió al frente de la Casa, nada más muerto su padre. «Es uno de los más grandes personajes, si no el primero, de la historia de Monforte ... de esos hombres que iluminan toda su época y de los que persiste una estela que se aviva y abrillanta con el paso del tiempo». Así escribe Germán Vázquez. Refiriéndose a él, dice un personaje de Lope de Vega:

Ser Castro en sangre  
y de Galicia, si no es  
lo más, es lo más grande.

Nació don Pedro en 1576. Se casó en 1598 con doña Catalina de la Cerda y Sandoval, que era prima hermana suya, por ser hija del duque de Lerma, el hermano de su madre. Bendijo esta unión el cardenal Rodrigo de Castro. De 1603 a 1610 fue presidente del Consejo de Indias y de 1610 a 1616, virrey de Nápoles como lo habían sido su padre y su hermano. Allí, junto con su esposa, favoreció substancialmente la fundación del Colegio de la Compañía, dedicado a san Francisco Javier. Al regreso de Nápoles, desempeñó el cargo de Presidente del Consejo de Italia entre 1616 y 1618. Tan elevada estela política se difuminó en los últimos años de su vida, que pasó en Monforte, primero como retiro voluntario y después como forzoso confinamiento. El VII Conde es personaje singular no sólo por su extraordinaria importancia política, sino por su proyección cultural, en la cual sólo es comparable, como dice Filgueira Valverde, a lo que, casi un siglo antes, había significado el arzobispo compostelano Fonseca. Además de mecenas de escritores, él mismo fue escritor.

Ya cuando estudiaba en el Colegio de la Compañía, hizo tal vez los que fueron sus primeros versos. Entre sus obras, cabe destacar *El buho gallego*, escrita en su destierro monfortino, como alegato político sobre el voto en Cortes de Galicia, problema en el que intervino muy unido a don Baltasar de Zúñiga, el hermano del conde de Monterrey. Como mecenas, supo rodearse y proteger a grandes genios de nuestro Siglo de Oro (Cervantes, Lope de Vega, los Argensola, Góngora, Quevedo...) que le dedicaron algunas de sus obras o le correspondieron con una letanía apretada y agradecida de elogios.

Don Pedro, en lo que pudo, estuvo muy ligado al Colegio monfortino. Siendo un adolescente, firmó como testigo, en Madrid, el convenio de fundación. Poco después, fue alumno aprovechado en sus aulas. A comienzos del siglo XVII, según cuenta el marqués de Rafal, se puso al lado de su madre y enfrente del General de los jesuitas en el caso mencionado del P. Mendoza, por más que el P. Aquaviva quería tenerlo

benévolo como a Presidente que era del Consejo de Indias, en donde la Compañía tenía tantos intereses.

En cuanto patrono del Colegio, realizó -como vimos- una meritoria e intensa gestión para aclarar la embrollada herencia de don Rodrigo. Al regresar de Nápoles, los Condes se hicieron acompañar, como capellán, del jesuita italiano Miguel Negrone y, como ayudante, del H. Felipe Sabaloni. La Condesa, siguiendo una constante de la Casa de Lemos, pretendió que al P. Negrone le hiciesen Rector de Monforte, cosa que desbarató sensatamente el P. General. De Italia trajeron también finos regalos para el Colegio, aunque sólo tenemos constancia de un crucifijo, con el emblema de los evangelistas, original de Rafael, que los jesuitas donaron al obispo de Segovia poco después.

En agosto de 1619, don Pedro presidió y contribuyó a organizar las solemnísimas fiestas con motivo de la consagración de la fastuosa iglesia del Colegio. Fueron cuatro días intensos, cuya relación damos en otra parte. Con el boato de estos actos contrastaba la estrechez e insalubridad con que habitaban los jesuitas en la obra nueva, en torno al claustro pequeño, mientras no se levantaba el principal.

Impresionado el Conde por la situación, en 1620 acudió al Provincial y al General pidiendo se remediase. Le respondió este último facultando al Colegio para gastar una cantidad extraordinaria (2.000 ducados) y acelerar las obras.

El gran Conde de Lemos falleció en Madrid en octubre de 1622. Unos años más tarde trasladaron su cuerpo al primitivo convento de las clarisas de Monforte -fundado por su viuda- y, posteriormente, al actual. El General de la Orden, P. Mucio Vitelleschi, le había concedido a él y a su esposa una prerrogativa que ha sido siempre cuidadosamente dosificada: *la carta de hermandad con la Compañía*.

Unos años antes, el mismo don Pedro confesaba desde Nápoles al P. General «tener tantas prendas de obligaciones y devoción con la Compañía» y profesaba mantenerse «en el número de los hijos aficionados» con que aquella contaba él.

## GONGORA EN MONFORTE. SU VISION DEL COLEGIO

Entre los literatos favorecidos del VII Conde, uno fue Luis de Góngora. En 1609 el poeta vino a Galicia, con motivo de practicar en Pontevedra una información de limpieza de sangre. Aquel año consta que el Conde estuvo dos veces en Monforte, y, sin duda, Góngora coincidió con él, como parece del mismo título del hermoso soneto que le dedicó. Se lo inspiró la vista espléndida de la villa que se divisa desde el palacio y castillo. En el segundo cuarteto y el primer terceto hace alusión, bella y directa, a las obras del Colegio de la Compañía, que por entonces se estaban levantando y hacían concebir la grandeza que habrían de tener:

Llegué a este Monte fuerte, coronado  
de torres convecinas a los cielos,  
cuna siempre real de tus abuelos,  
del Reino escudo y silla de tu Estado.  
El templo vi a Minerva dedicado

de cuyos geométricos modelos,  
 si todo lo moderno tiene celos,  
 tuviera envidia todo lo pasado.  
 Sacra erección de Príncipe glorioso  
 que ya, de mejor púrpura vestido,  
 rayos ciñe de luz, estrellas pisa.  
 ¡Oh, cuánto de este monte imperioso  
 descubro! Un mundo veo. Poco ha sido,  
 que seis orbes se ven en tu divisa

#### LA CONDESA VIUDA Y SU CONTROVERTIDO CAPELLAN, P. FRANCISCO MANUEL

Al VII Conde le sobrevivió muchos años su esposa, doña Catalina de la Cerda y Sandoval, una gran dama, como ya apuntamos. Hija del Duque de Lerma, se casó con don Pedro a los dieciocho años. El matrimonio no tuvo hijos. El hecho de ser bisnieta de san Francisco de Borja y de casarse con otro bisnieto del santo, ya era un dato premonitorio de que la Orden ignaciana no podría serle indiferente.

Lo mismo le había sucedido a su suegra, tía y madrina, doña Catalina de Zúñiga, la esposa del VI Conde, como vimos anteriormente. Pero sus actuaciones fueron distintas. La primera Catalina, para defender a sus jesuitas protegidos, no vaciló en enfrentarse al mismo General de la Orden. La segunda nunca pasó de importantes intromisiones para amparar a sus favorecidos, que el P. General (Vitelleschi, el sucesor de Aquaviva) le permitió casi siempre.

La Condesa viuda fue uno de los miembros de la nobleza castellana que se adaptó bien a Galicia. Llegó a Monforte por vez primera en 1600. Después siguió siempre la variada trayectoria de su marido. Muerto éste, su querencia hacia Monforte fue en aumento y la casa principal era el monasterio de franciscanas clarisas fundado por ella misma en 1622, en el barrio alto de la Falagueira, cuatro meses antes de fallecer su marido. Primero obtuvo permiso para establecerse en una casa contigua. En 1633 ingresó en él como novicia y al año siguiente hizo su profesión con el nombre de sor Catalina de la Concepción. Fue Superiora y perseveró hasta su muerte, ocurrida en 1648, cuando contaba sesenta y siete años. Una de sus últimas alegrías fue la de presenciar, en agosto de 1646, la solemne inauguración del nuevo monasterio en la parte llana de la villa, que dio lugar a uno de aquellos festejos esplendorosos, no raros en el Monforte del siglo XVII. Los jesuitas y su Colegio intervinieron activamente en él.

Doña Catalina de la Cerda, tanto antes como después de hacerse religiosa, tuvo múltiples y cualificados contactos con la Compañía. En Nápoles, junto con su esposo, había sido la fundadora de aquel Colegio. En España favoreció a varios otros, como el de Palencia y el de Madrid. El de Monforte, por su cercanía, lo consideraba casi como una terreno particular.

El caso más demostrativo y célebre fue el del P. Francisco Manuel, confesor y protegido de la Condesa. Era de Paredes de Nava (Palencia) y contaba por entonces unos cuarenta y ocho años. Fue Rector del Colegio en torno al año 1622 y, sin duda, ayudó a su hija espiritual en los trances de fundación conventual en los que por entonces andaba metida. Terminado su rectorado, continuó en el Colegio en donde se le criticaba

y no gozaba de mucho prestigio. La Condesa suspiraba por verle de nuevo como Rector e hizo gestiones con el P. Provincial. Enterado Vitelleschi, contestó al Provincial: «Responda a la Condesa que su candidato, por sus achaques, no puede seguir el modo de vida de la Comunidad y que a tales no les pone la Compañía en oficio de Superior».

Ante esta actitud, no se amilanó doña Catalina y se dirigió directamente al propio General, que en enero de 1632, le responde desdiciéndose de su tajante postura anterior y concediendo que el P. Francisco Manuel fuese nombrado de nuevo Rector del Colegio. Fue un trienio desastroso para la marcha del mismo, cuyo gobierno abandonó mientras la Comunidad andaba profundamente dividida. El Provincial tuvo que imponerle una reprensión pública en el comedor y el General sugería otra, «pues hombre de sus tachas no puede ser a propósito para el oficio que hace, y se puede temer un gran descrédito para la Compañía».

No opinaba de ese modo doña Catalina, con la cual hacía causa común el IX Conde y su esposa. Alarmados únicamente porque el Provincial les anunció que iba a quitarles a su amado Rector, escriben una vez más a Vitelleschi, en octubre de 1634, para que no lo consienta. Esta vez, el General fue algo más consecuente y no les hizo caso. Nombró como Rector al P. Diego Bonifaz (segoviano, cincuenta y cuatro años) pero no consiguió retirar del Colegio al P. Francisco Manuel, por la presión de doña Catalina y los Condes. Continuaron éstos luchando por promocionar al rectorado a su confesor y capellán, con las consiguientes agitaciones y luchas internas en el Colegio. Ahora no lograron nada, a no ser que, en octubre de 1636, el P. General confesase noblemente sus yerros pasados con tintes machistas:

«He descubierto inconvenientes y grandes -decía al Provincial- en dejar en manos de la señora Condesa monja, el quitar el oficio de Rector, que, aunque sea tan cristiana y prudente y devota de la Compañía, *al fin es mujer...* y causa tan grave como es mover a un Rector de la Compañía, no se había de poner en el tribunal de la Condesa, ni hacerla dependiente de su parecer, que prudentemente se puede temer será el de los Condes».

Es patente que, a tenor de esta fórmula cortesana, a la Compañía le importaba grandemente tener propicia a tan alta señora, aun a costa de concederle favores insólitos. Como le concedió que se desplazase a Nápoles un profesor del Colegio de Monforte, el P. Francisco Benavides, en 1632, para gestionar allí ciertos negocios de la Casa. Y, poco después, que el P. Fernández Losa, otro jesuita monfortino, viajase hasta el Perú para arreglar unos asuntos que le afectaban a ella misma. Vitelleschi, al permitirlo, se alegraba «de que en la Compañía haya personas de quien se pueda servir Su Excelencia». Sólo un favor le fue denegado: cuando, en 1634, doña Catalina pidió que se admitiese en la Compañía «a un mozo que ha sido fraile» en otra Orden.

## EL VIII CONDE Y SU VOCACION MONACAL

Al morir sin descendencia en 1622 el VII Conde, le sucedió su hermano don Francisco Ruiz de Castro, cuando ya contaba cuarenta y tres años. Había sido también alumno del Colegio. Durante el breve período en que su padre fue virrey de Nápoles (1599-1601) contrajo allí matrimonio con la condesa de Taurisano. Muerto aquél, le

sucedió en el virreinato hasta 1603. Fue después embajador de España en Venecia y en Roma, y, en 1616, virrey de Sicilia.

Al regresar a España en 1623 para hacerse cargo de sus Estados gallegos, visitó en Roma al P. General de la Compañía, interesándose por las cosas del Colegio y por el sucesor del P. Francisco Manuel, que iba a finalizar su primer rectorado. Incluso sugirió el nombre de su sucesor, el P. Juan Antonio Velázquez, en lo cual fue complacido por Vitelleschi, lo mismo que en otras cosas concretas, que demostraban el interés con que el Conde seguía desde lejos la marcha de la Obra.

El Conde don Francisco había quedado viudo antes de llegar a Monforte. Tal vez por esto y por su natural religioso, en 1629 decidió renunciar a sus títulos y hacerse benedictino. No se despidió personalmente de sus hijos, ni de su cuñada y prima, la Condesa viuda. Lo hizo sólo a través de una carta dirigida al confesor común, el P. Francisco Manuel, en que terminaba «poniendo por intercesor a mi santo bisabuelo (san Francisco de Borja) para que me alcance algo de su buen espíritu y perseverancia». El Conde tomó en religión el nombre de fray Agustín de Castro y desde su retiro monacal, no dejó de estar relacionado con algunas vicisitudes del Colegio.

#### EL IX CONDE. FINAL DE LAS INTROMISIONES

Ingresado en el convento el titular de la Casa, le sucedió su tercer hijo (los dos primeros habían muerto en la niñez), don Francisco Fernández de Castro, que fue el IX Conde de Lemos. Había nacido en Roma en 1613 y tenía por tanto sólo dieciséis años al heredar el gobierno. Se casó por entonces con doña Antonia Tévez de Girón, hija del tercer duque de Osuna. Ambos pasaron frecuentes temporadas en Monforte, pues el Conde sólo durante unos años estuvo ocupado en cargos políticos, como virrey de Aragón y luego de Cerdeña.

Ya indicamos cómo la joven pareja llevó muy a mal que fuese quitado como Rector del Colegio su capellán, el P. Francisco Manuel, al terminar su segundo mandato. Para cortar de una vez por lo sano, el Provincial tomó una serie de medidas, desoyendo los deseos y súplicas de los Condes. Vitelleschi las sancionaba con estas palabras, que eran todo un programa -aunque tardío-- para tratar con los patronos del Colegio:

«Hay que servir a los Condes en todo lo que consienta nuestra observancia y disciplina. En lo demás, no ceder, con cortesía, como hizo V.R. con el Conde y la Señora Condesa así en la respuesta a sus cartas como en la ejecución de lo que ha dispuesto».

El Colegio fue mejorando internamente a partir de estas decisiones. Los Condes acabaron por ser amigos de la Compañía y de sus cosas, pero cada uno en su puesto.

#### EL X CONDE, AUSENTE DE ESPAÑA

Al morir en su palacio de Madrid el IX Conde, en diciembre de 1662, le sustituyó su primogénito, don Pedro Fernández de Castro, de igual nombre que sus

antecesores el V y el VII Conde. En 1664 se casó con su parienta doña Ana de Borja, hija del VIII duque de Gandía y viuda del marqués de Tábara. Los Borjas y los Lemas volvían a emparentar.

No pudieron relacionarse mucho los nuevos Condes con el Colegio de Monforte, porque, a los dos años de su enlace, Felipe IV nombró a don Pedro virrey del Perú, donde realizó una gestión muy positiva. Allí murió en diciembre de 1672, a los cuarenta años de edad.

## EL XI CONDE Y SU INTERVENCION EN LA ECONOMIA

Don Ginés Ruiz de Castro, primer hijo del gran virrey del Perú, le sucedió en la Casa de Lemos. Tenía sólo seis años cuando murió su padre. Regresó a España con su madre y ésta fue tutora suya hasta la mayoría de edad. Don Ginés se casó tres veces, la última en 1735, ya en su ancianidad. Carlos II le nombró para el mando de las galeras de Nápoles en 1692, y Felipe V le hizo virrey de Cerdeña, diez años más tarde. Volvían así los Lemas a su querencia italiana. De sus oficios como patrono del Colegio conocemos, ante todo, dos actuaciones en el terreno económico. La primera fue en 1691 en que el Conde firmó con el P. Alvaro de Cienfuegos, en su palacio de Pontedeume, una concordia por la que quedaba anulado el convenio que el Colegio había hecho años antes con el VII Conde para fundar en la villa un nuevo y más amplio hospital y que se había hecho muy gravoso por las circunstancias de la época.

Más tarde, en agosto de 1701, estando en Nápoles, volvió a favorecer al Colegio, consintiendo en que le fuese agregada la tercia parte del beneficio de Santa María de Tarbea, cerca de Quiroga, del que era presentero. El Colegio alegaba su endémica situación económica, acentuada al haber comenzado dos años antes una obra de envergadura como era la sacristía nueva. Los abades de Tarbea dieron su consentimiento y Clemente X ratificó la unión temporal, que suponía unos 36.000 reales al año durante doce.

Aparte estos pactos, se conserva también una serie de cartas entre los Condes y los Generales de la Compañía, P. Tirso González y su sucesor Miguel Angel Tamburini, a comienzos del siglo XVIII. Por ellas se observa una tónica habitual en los señores de la Casa, que era sentirse en el derecho de disponer de un confesor o capellán jesuita, como correspondencia a su aprecio obsequioso o sus favores hacia la Orden. En este caso, la primera Condesa, doña Catalina de Silva y Haro, hija del duque del Infantado, consiguió tener como capellán doméstico al P. Juan de Quirós, primero en Nápoles y luego en Madrid. A éste le sucedió el italiano P. Juan Bautista Pes, que ya lo había sido cuando los Condes vivían en Cerdeña. Y al verse obligado este último a retornar a Italia, la Condesa se encaprichó con el P. Francisco Navarro que, obviamente, le fue concedido.

Con él terminaba una larga lista de jesuitas protegidos por la Casa de Lemos. Casi todos pertenecían a un tipo prolífico de religiosos a quienes gustaba alternar y moverse entre las clases privilegiadas, aunque eso tenía ya entonces -y tuvo, sobre todo, después gruesas contrapartidas.



## LA XII CONDESA, TESTIGO DE LA EXPULSION DE LA COMPAÑÍA

A pesar de sus tres bodas, el XI Conde murió sin dejar descendencia. Su tercera mujer fue doña María de Zúñiga y Castro, hija mayor del duque de Béjar, que resultaba ser pariente del propio Conde, por ser la madre de ella hija de un hermano de don Ginés. Antes de morir, dio a su mujer poder general para gobernar sus Estados y para hacer testamento. En virtud de él, heredó la Casa de Lemas una sobrina carnal de don Ginés, doña Rosa María de Castro, que fue la XII Condesa.

Tomó posesión en 1741, siendo ya viuda por segunda vez: primero del marqués de Ladrada y después del marqués de Aitona. Doña Rosa murió sin hijos en 1772. Hizo por Monforte cosas importantes, como impulsar y desarrollar el hospital de Sancti Spiritus, que confió a los Hermanos de San Juan de Dios. En su tiempo, tuvo lugar la expulsión de los jesuitas y el abandono del Colegio. Doña Rosa desempeñó un decisivo papel, como veremos al hablar del tema, haciendo valer sus derechos de patronato sobre aquella Obra y procurando que, en lo posible, quedasen a salvo sus históricos objetivos.

La XII Condesa fue el último miembro de la Casa que llevó el apellido Castro. Al fallecer sin sucesión directa, heredó el Condado su sobrino don Joaquín López de Zúñiga, duque de Béjar. Fue XIII Conde hasta 1777 en que murió, también sin hijos, como le había pasado a sus dos inmediatos antecesores. Sus Estados pasaron entonces a don Jacobo Fitz-James Stuart y Colón, III duque de Berwick.

Este título, de origen escocés, rigió desde aquel momento las tierras galaicas de los Castro. El VII Conde de Berwick y XVIII de Lemas -que vivió entre 1794 y 1835- fue también el XIV *duque de Alba*, por lo cual la poderosa Casa nobiliaria incorporó desde entonces otro título más: el Condado de Lemas. Actualmente siguen teniendo el patronazgo del Colegio.

De lo dicho hasta aquí, podría concluirse que los Condes, como patronos del Colegio, apenas intervinieron en los problemas importantes, derivados de la fundación. Cabe exceptuar a los primeros, que, -lo mismo que sucedió en Monterrey- tal vez por la proximidad a los orígenes, demostraron un acercamiento real y efectivo.

En los cuerpos laterales de la primera planta se abren en el almohadillado un ojo de buey y una ventana rectangular respectivamente. El ojo de buey se repite en el segundo piso y también en el cuerpo lateral bajo los alerones que suben hasta el frontón de la fachada. Estos últimos ojos de buey están rodeados de un marco de recuadros con triángulos semicirculares con punta de diamante. Sus líneas contrastan con el cuerpo central que se alza con sus pilastras sobre pedestal (la portada del primer piso; que por otra parte no ocupa todo el cuerpo, está carente de este elemento).

## BIBLIOGRAFÍA

## 12 BIBLIOGRAFÍA

FREIRE TELLADO, M. J., 1998: Los trazados de monte de factura renacentista del edificio de los escolapios de Monforte de Lemos (Lugo). In Fernandez Salas, J.; et al. (eds.) *Actas del Segundo Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, A Coruña, pp. 173-180.

PÉREZ RODRÍGUEZ, F. 1995. Algunas consideraciones sobre la construcción del Colegio de Nuestra Señora de la Antigua de Monforte de Lemos (Lugo), 1592-1619. En *Monjes y monasterios españoles: arte, arquitectura, restauraciones, iconografía, música, hospitales y enfermerías, medicina, farmacia, mecenazgo, estudiantes : actas del simposium (1/5-IX-1995)*, Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas y Real Colegio Universitario "María Cristina" (El Escorial). San Lorenzo de El Escorial: Ediciones Escorialenses.

COTARELO VALLEDOR, A. 1945. *El Cardenal Don Rodrigo de Castro y su fundación en Monforte de Lemos* 2 vols. Madrid: Magisterio Español.

MARTÍNEZ GONZÁLEZ, E. 2000. *Colegio de Ntra. Sra. de la Antigua (Monforte de Lemos)*. León: Everest.

LORENZANA LAMELO, M. L. 1989. *Aportación documental al estudio histórico-artístico de dos fundaciones monfortinas: El colegio de la Compañía y el convento de las Clarisas*. Lugo: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo

VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, L. 1991. *Documentos da historia de Monforte no século de Ouro: Fundacions do Cardeal e dos Condes de Lemos*. Lugo: Diputación Provincial.

BONET CORREA, A. 1984. *La Arquitectura en Galicia durante el siglo XVII*. Madrid: Instituto Padre Sarmiento?? Edición orixinal, La arquitectura del siglo XVII en Galicia. Madrid: CSIC.

PÉREZ DE LOS COBOS, F. 1915. Proyecto de conservación, reforma y ampliación del Colegio de Ntra. Sra. de la Antigua de Monforte de Lemos. s. l.

RIVERA VÁZQUEZ, E. 1989. *Galicia y los jesuitas: sus colegios y enseñanza en los siglos XVI al XVIII* A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.

MARÍN FIDALGO, A. 1988. *Vermondo Resta, Arte hispalense*. Sevilla: Diputación Provincial.

XUNTA DE GALICIA, ed. 2001. *Loty: As fotografías de Charles López Alberty Jeaneret no Arquivo Histórico Provincial de Lugo*. .

HERMIDA BALADO, M. 1969. *Lemos: pequeña historia de un lugar con mucha historia*. Madrid: Fenix

TAÍN GUZMÁN, M. 2003. The drawings on stone in Galicia: Types, uses and meanings. In *Proceedings of the First International Congress on Construction History*, editado por S. Huerta Fernández. Madrid: Instituto Juan de Herrera.